

Humildad

la Belleza de la Santidad

Andrew Murray

Prefacio del Autor

Hay tres grandes motivos que nos impulsan a la humildad. Ellos están basados en tres perspectivas bajo las cuales la humildad puede ser considerada, las tres maneras de catalogar la humildad. Déjeme explicar. La humildad se aplica a mí como una criatura, como un pecador y como un santo. Y ella cabe perfectamente en cada una de esas tres categorías.

Hay tres grandes motivos que nos impulsan a la humildad. Ellos son basados en tres perspectivas bajo las cuales la humildad puede ser considerada, las tres maneras de catalogar la humildad. Déjeme explicar. La humildad se aplica a mí como una criatura, como un pecador y como un santo. Y ella me cabe perfectamente en cada una de esas tres categorías.

Vemos el primer aspecto de la humildad en las huestes celestiales, en el hombre antes de la Caída y en Jesús como Hijo del Hombre. El segundo aspecto apela para nosotros en nuestro estado caído e indica el único camino por lo cual podemos retornar a nuestro debido lugar como criaturas. En el tercer aspecto de la humildad, tenemos el misterio de la gracia, la cual nos enseña que, a medida que nos envolvemos en la grandeza irresistible del amor redentor, la humildad se vuelve para nosotros la consumación de la bienaventuranza y de la adoración eterna.

En nuestra enseñanza religiosa común, el segundo aspecto ha sido muy enfatizado, tanto que algunos ya fueron al extremo de decir que tenemos que permanecer pecando a fin de, efectivamente, permanecer humildes. Otros, sin embargo, piensan que vigorosa auto condenación es el secreto de la humildad. Pero nada de eso es verdad. Así, la vida cristiana ha sufrido pérdida, pues los creyentes no son distintamente guiados a ver que incluso en nuestra relación con personas como nosotros, nada es más natural, bello y bendecido que ser nada, para que Dios sea todo. También nos quedó claro que no es el pecado que humilla más, pero la gracia, y que justamente el alma que, a través de su pecaminosidad, fue llevada a ocuparse con Dios en Su maravillosa gloria como Soberana, El Creador y Redentor, es El que irá verdaderamente tomara el lugar más bajo delante De él.

En esas meditaciones tengo, por más de una razón, casi exclusivamente me vuelto a la humildad que nos cabe como criaturas. No es sólo porque la conexión entre la humildad y el pecado sea tan abundantemente destacada en toda enseñanza religiosa, pero porque creo que para la plenitud de la vida cristiana es indispensable que la prominencia sea dada a este otro aspecto. Si Jesús debe realmente ser ejemplo en Su humildad, necesitamos entender los principios en que eso es basado y en los cuáles encontramos el terreno común en lo cual andamos con Él, y por lo tanto, nuestra semejanza a Él debe ser alcanzada. Si debemos realmente ser humildes, no solamente delante de Dios, pero también delante de los hombres, si la humildad debe ser nuestra alegría, tenemos que ver que ella no es sólo la marca de la vergüenza causa del pecado, pero, independientemente de todo pecado, humildad es estar revestido con la propia belleza y bienaventuranza del cielo y de Jesús.

Veremos que, así como Jesús encontró Su gloria tomando la forma de un siervo, entonces, cuando dijo: "Quien que quiera hacerse grande entre vosotros, ese será lo que os sirva", Él simplemente nos enseñó la verdad bendecida de que no hay nada tan divino y celestial como ser un siervo y ayudador de todos. El siervo fiel que reconoce su posición encuentra un placer real en suplir los deseos del maestro o de sus invitados.

Cuando vemos que la humildad es algo infinitamente más profunda que La contrición, y la aceptamos como nuestra participación en la vida de Jesús, entonces, comenzaremos a aprender que ella es nuestra verdadera nobleza, y que probar eso siendo siervos de todos es el más elevado cumplimiento de nuestro destino como hombres creados a la imagen de Dios.

Cuando veo hacia El pasado, en mi propia experiencia religiosa, y veo alrededor de la Iglesia de Cristo por el mundo, me quedo preocupado al considerar cuan poca es la humildad como aspecto distintivo del discipulado de Jesús. En la convivencia diaria del hogar y de la vida social, en la comunión más especial con cristianos, en la dirección y ejecución de la obra de Cristo, ah! cuánta prueba hay de que la humildad no es considerada la virtud principal, la raíz de la cual las gracias pueden crecer, la única condición indispensable de la verdadera comunión con Jesús. El hecho de que los hombres puedan decir que la afirmación de aquellos que dicen estar recogiendo una santidad más elevada no viene acompañada de un aumento en humildad es un sonoro desafío para todos los cristianos serios - no importando si hay más o menos verdad en la acusación — para probar que mansedumbre y humildad de corazón son las marcas esenciales por las cuáles deben ser conocidos los que siguen al manso y humilde Cordero de Dios.

Andrew Murray

Capítulo 1

HUMILDAD: LA GLÓRIA DE LA CRIATURA

Y depositaron sus coronas delante del trono, proclamando: Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque todas las cosas Tú las creaste, sí, a causa de tu gana vinieron a existir y fueron creadas" (Apocalipsis 4.10c, 11).

Cuando Dios creó el universo, Él lo hizo con el único objetivo de hacer la criatura participante de Su perfección y bienaventuranza y, así, mostrar en ella la gloria de su amor, sabiduría y poder. Dios deseaba revelarse a Sí dentro y por medio de los seres creados, comunicándoles tanto de Su propia bondad y gloria cuanto ellos fueran capaces de recibir. Pero esa comunicación no significaba dar a la criatura algo que ella pudiera poseer en sí misma, una vida o bondad de las cuáles tuviera la responsabilidad y la disposición. De forma alguna! Pero como Dios es eterno, omnipresente y omnipotente, y sostiene todas las cosas por la palabra de su poder, y en quién todas las cosas existen, la relación de la criatura con Dios solamente podría ser una relación de interrumpida, absoluta y universal dependencia.

Tan correcto como Dios, por su poder, creó una vez, así también, por el mismo poder, Dios nos sostiene cada momento. La criatura no tiene solamente su mirada hacia atrás, para el origen y para los inicios de la existencia, y reconocer que todas las cosas vienen de Dios; su principal cuidado, su virtud más elevada, su única felicidad, ahora y por toda la eternidad, es verse a sí misma como un florero vacío, en lo cual Dios pueda habitar y manifestar Su poder y bondad.

La vida que Dios entregó es concedida no de un golpe, pero cada momento, continuamente, por la operación incesante de Su grandioso poder. La humildad, el lugar de la dependencia de Dios, es, por la propia naturaleza de las cosas, la primera obligación y la virtud más elevada de la criatura, y la raíz de toda virtud.

El orgullo, o la pérdida de esa humildad, entonces, es la raíz de todo pecado y mal. Fue cuando los ángeles ahora caídos comenzaron a mirar para sí mismos con autocomplacencia que fueron llevados a la desobediencia, y fueron expulsados de la luz del cielo hacia las tinieblas. Y también fue cuando la serpiente exhaló el veneno de su orgullo, el antojo de ser como Dios. En el corazón de nuestros primeros padres, que ellos también se cayeron de su posición elevada para toda la desgracia en la cual el hombre está, ahora, hundido. En el cielo y en la tierra, orgullo — auto-exaltación — es la puerta, el nacimiento y la maldición del infierno.

Por eso, nuestra redención tiene que ser restaurada de la humildad perdida, la relación original y la verdadera relación de la criatura con su Dios. Y, por lo tanto, Jesús vino a traer la humildad de vuelta a la tierra, hacernos participantes de esa humildad y, por ella, salvarnos. En los cielos, Él se humilló para hacerse hombre. Nosotros vemos la humildad En él a dominarse a Sí aún en los cielos; Él la trajo, de allá a la tierra, "Así se humilló, haciéndose obediente hasta a la muerte". Su humildad dio a su muerte el valor que ella hoy tiene y, entonces, se hizo nuestra redención. Y ahora la salvación que Él concede es, nada más, nada menos que una comunicación de Su propia vida y muerte, Su propia disposición y espíritu, Su propia humildad, como el suelo y la raíz de Su relación con Dios y Su obra redentora. Jesucristo tomó el lugar y cumplió el destino del hombre, como una criatura, por Su vida de perfecta humildad. Su humildad es nuestra salvación. Su salvación es nuestra humildad.

Así, la vida de los salvos, de los santos, tiene necesariamente de exhibir el sello de liberación del pecado y llena de restauración de su estado original; toda su relación con Dios y con el hombre tiene que ser marcado por una humildad que permea todo. Sin eso, no se puede permanecer verdaderamente en la presencia de Dios o experimentar de su favor y el poder de su Espíritu; sin eso no hay fe, o amor, o regocijo o fuerza permanentes. La humildad es el único suelo en lo cual la gracia se enraíza; la falta de humildad es la suficiente explicación de todo defecto y fracaso. La humildad no es sólo una gracia o virtud como otras; ella es la raíz de todas, pues solamente ella toma la actitud correcta delante de Dios, y permite que Él haga todo. Dios nos hizo seres de tal modo racionales, mientras más discernamos la naturaleza real o la necesidad absoluta de una orden, tanto más lista y llena será nuestra obediencia a ella.

El llamado a la humildad ha sido muy poco considerado en la Iglesia porque su verdadera naturaleza e importancia ha sido muy poco comprendida. Humildad no es algo que presentamos a Dios o que Él concede; es simplemente el sentido del completo de ser nada que viene cuando vemos como Dios verdaderamente es todo, y en lo cual damos camino a Dios para ser todo. Cuando la criatura percibe que esta es la verdadera nobleza, y consiente ser, su mente y sus afectos — la forma, el florero en lo cual la vida y la gloria de Dios están para trabajar y manifestar a sí

mismas, ella ve que humildad es simplemente conocer la verdad de su posición como criatura y permitir Dios tener Su lugar.

En la vida de los cristianos serios, aquellos que recogen y profesan la santidad, la humildad tiene que ser la marca principal de su vida. Es frecuentemente dicho que eso no es así. No podría ser una razón para eso el hecho de que, en la enseñanza y ejemplo de la Iglesia, la humildad nunca tuvo el lugar de suprema importancia que le pertenece? Y que eso, por su parte, es debido a la negligencia de esta verdad: fuerte como es el pecado como un motivo para humildad, hay una influencia más amplia y más poderosa, la cual hace los ángeles, la cual hizo Jesus, la cual hace el más santo de los santos en los cielos tan humildes: que la primera y principal marca de la relación de la criatura, de su bienaventuranza, es la humildad y el nada-ser que permiten que Dios sea todo?

Tengo La certeza de que hay muchos cristianos que confesarán que su experiencia ha sido muy parecida con la mía en esto: que por mucho tiempo conocemos el Señor sin percibir que la mansedumbre y la humildad de corazón deben ser los aspectos distintivos del discípulo así como fueron del Maestro. Y, además de eso, que esa humildad no es algo que vendrá por sí misma, pero debe ser hecha el objeto de especial antojo, y oración, y fe y práctica. Al estudiar la Palabra, veremos cuáles instrucciones distinguidas y repetidas Jesús dio A Sus discípulos en ese punto, y como ellos eran lentos en comprenderlo. Vamos, inmediatamente en el inicio de nuestra meditación, admitir que no hay nada tan natural para el hombre, nada tan insidioso y oculto, nada tan difícil y peligroso como el orgullo.

Vamos a sentir que nada, a no ser una espera detenerminada y perseverante en Dios y Cristo revelará como estamos carentes de la gracia de la humildad, y cuan débiles somos para obtener lo que recogemos. Vamos estudiar el carácter de Cristo hasta que nuestra alma sea llena de amor y admiración por Su humildad. Y vamos a creer que, cuando tenemos la percepción de nuestro orgullo y de nuestra impotencia para expulsarlo, el propio Jesucristo vendrá para dar esa gracia también como parte de Su maravillosa vida dentro de nosotros.

Capítulo 2

HUMILDAD: EL SECRETO DE LA REDENCION

"Tiende en vosotros el mismo sentimiento que hubo también en Cristo Jesus, (...) que a Sí aún se vacío, asumiendo la forma de siervo (...) y a Sí se humilló, haciéndose obediente hasta a la muerte, y muerte de cruz. Por lo que también Dios Lo exaltó sobremanera" (Filipenses 2.5, 7b-9a).

Ningún árbol puede crecer fuera de la raíz de la cual brotó. Al largo de toda su existencia, ella puede vivir solamente con la vida que estaba en la semilla que le dio existencia. La plena comprensión de esa verdad en su aplicación al primero y al Último Adán nos ayudará grandemente a entender tanto la necesidad como la naturaleza de la redención que hay en Jesús.

La Necesidad

Cuando la serpiente antigua, fue expulsada de los cielos por su orgullo, cuya naturaleza completa como diablo era orgullosa, habló sus palabras de tentación a los oídos de Eva, esas palabras llevaban consigo el propio veneno del infierno. Y cuando ella oyó, y entregó su deseo y ganar la posibilidad de ser como Dios, conociendo el bien y el mal, el veneno entró en su alma, sangre y vida, destruyendo para siempre aquella bendecida humildad y dependencia de Dios que habría sido nuestra felicidad perpetua. Y, en vez de eso, su vida y la vida de la raza que brotó de ella se hicieron corrompidas desde la raíz con el más terrible de todos los pecados y maldiciones: el veneno del orgullo del propio Satanás.

Todas las desgracias de las cuáles el mundo ha sido el escenario, todas sus guerras y derramamiento de sangre entre las naciones, todo el egoísmo y sufrimiento, toda la ambición y envidia, todos sus corazones partidos y vidas amargadas, con toda su infelicidad cotidiana, tienen su origen en lo que este orgullo maldito e infernal — sea nuestro propio o lo de otros — nos trajo. Es el orgullo que hace la redención necesaria; es de nuestro orgullo que necesitamos, por encima de todas las cosas, ser redimidos! Y nuestra comprensión de la necesidad de redención va a depender grandemente de nuestro conocimiento de la terrible naturaleza del poder que entró en nuestro ser. Ningún árbol puede crecer fuera de la raíz de la cual brotó.

El poder que Satanás trajo del infierno, y lanzó para dentro de la vida del hombre, está operando diariamente, a todo tiempo, con grande poder por todo el mundo. Los hombres sufren por su causa; ellos temen y luchan y huyen de eso, y aún no saben de donde eso viene y de donde proviene su terrible supremacía! No es de admirar que ellos no saben donde o como eso deberá ser vencido.

El orgullo tiene su raíz y fuerza con un temible poder espiritual, tanto fuera de nosotros como dentro; tan necesario como confesarlo y lamentarlo como siendo nuestro propio es conocerlo en su origen satánico. Si eso nos lleva a una desesperación completa de, absolutamente, subyugar y expulsar ese orgullo, eso nos llevará cuánto antes al único poder sobrenatural en lo cuál nuestra liberación podrá ser encontrada: la redención del Cordero de Dios. La batalla desesperada contra el ego y el orgullo dentro de nosotros puede, realmente, hacerse aún más desesperadora cuando pensamos en el poder de las tinieblas detrás de todo eso; pero la desesperación completa irá a prepararnos mejor para que percibamos y que aceptemos un poder y una vida fuera de nosotros mismos, que es la humildad de los cielos tal como fue traída hacia abajo y para acercar el Cordero de Dios, a fin de expulsar Satanás y su orgullo.

Ningún árbol puede crecer si no fuera en la raíz de la cual brotó. Así como necesitamos mirar para el primero Adán y su caída para conocer el poder del pecado dentro de nosotros, necesitamos conocer también el último Adán y Su poder para dar interiormente una vida de humildad tan real y permanente y dominante cuanto ha sido el del orgullo. Tenemos nuestra vida de Cristo y en Cristo, tan verdaderamente — de hecho más verdaderamente — como de Adán y en Adán. Tenemos estar arraigados En él "reteniendo la Cabeza, de la cual todo el cuerpo (...) crece el crecimiento que procede de Dios" (Cl 2.7, 19). La vida de Dios, la cual, en la encarnación, entró en la naturaleza humana, es la raíz en la cual debemos estar firmados y crecer; es el mismo poder grandioso que trabajó allá y, trabaja diariamente en nosotros. Nuestra única necesidad es estudiar y conocer y confiar en la vida que fue revelada en Cristo como la vida que ahora es nuestra, y espera por nuestro consentimiento para ganar posesión y dominio de todo nuestro ser.

Con eso en vista, es inconcebible que no tengamos pensamientos correctos de lo que Cristo es — de lo que realmente lo constituye como Cristo — y especialmente de lo que puede ser considerado como Su característica principal, la raíz y la esencia de todo Su carácter como nuestro redentor. No puede haber sino una respuesta: es su

humildad. ¿que es la encarnación, vaciarse a Sí mismo y que se haya hecho hombre, sino Su humildad celestial? ¿que es su vida en la tierra, Su asumir la forma de un siervo, sino la humildad? Y que es su expiación sino la humildad? "A Sí aún se humilló, haciéndose obediente hasta a la muerte" (Fp 2.9). Y que de Su ascenso y Su gloria sino la humildad exaltada al trono y coronada de gloria? "A Sí aún se humilló (...) por lo que también Dios Lo exaltó sobremanera" (vs. 8, 9).

En los cielos, donde Él andaba con el Padre, en Su nacimiento, en Su vida, en Su muerte, sentarse en el trono: todo eso no es otra cosa mas que humildad. Cristo es la humildad de Dios incorporada en la naturaleza humana: el Amor Eterno humillándose aún, revistiéndose de mansedumbre y de bondad para vencer, y servir y en salvar. Como el amor y condescendencia de Dios hacen De él el benefactor, y auxiliador y siervo de todos, así, Jesús, por necesidad, se hizo la Humildad Encarnada. Y, así, aún en el centro del trono, Él es el manso y humilde Cordero de Dios.

Si eso fuera la raíz del árbol, su naturaleza tiene que ser vista en cada rama, hoja y fruto. Si la humildad fuera la primera, la gracia todo-inclusiva de la vida de Jesús - si la humildad fuera el secreto de Su expiación -, entonces, la salud y la fuerza de nuestra vida espiritual dependerán enteramente de que coloquemos esa gracia en primer lugar también, y hacer de la humildad la principal cosa que admiramos En él, la principal cosa que pedimos De él, la única cosa por la cual sacrificamos todo lo demás.

Es de admirarse que la vida cristiana sea tan frecuentemente tibia, débil y infructífera, si la propia raíz del Cristo-vida es negligenciada, es desconocida? Es de admirarse que la alegría de la salvación sea tan poco experimentada, si aquella actitud en que Cristo la encontró y atrajo es tan poco buscada? Hasta que una humildad que descansará en nada menos que el fin y la muerte del ego — que renuncia a toda honra de los hombres, como Jesús hizo, para recoger la honra que viene solamente de Dios; que se considera y hace de sí aún absolutamente nada, para que Dios pueda ser todo, para que solamente el Señor sea exaltado — hasta que tal humildad sea lo que recogemos en Cristo, por encima de nuestra mayor alegría, y sea bienvenida a cualquier precio, hay muy poca esperanza de que haya una religión que vencerá el mundo.

Yo no podría pleitear con demasiada seriedad con mi lector, si, por ventura, su atención aún no se haya vuelto, de manera especial, a la falta de humildad que hay dentro y en torno a él, para parar y cuestionar si él ve mucho del espíritu del manso y humilde Cordero de Dios en aquellos que son llamados por su nombre. Que él considere como toda carencia de amor, toda indiferencia a las necesidades, a los sentimientos, a la flaqueza de otros, todo juicio y expresión severa y precipitada — que, tantas veces, se justifican bajo el argumento de ser franco y honesto —, todas las manifestaciones de temperamento, sensibilidad e irritación y todos los sentimientos de amargura y desavenencia tienen su raíz en nada sino en el orgullo, que siempre recoge a sí aún! Entonces, sus ojos serán abiertos para ver como un orgullo tenebroso, para no decir un orgullo diabólico, penetra en casi todo lugar, sin excluir las asambleas de los santos.

Que él comience a cuestionar cual sería el efecto dentro de él y en aquellos en su regreso si los creyentes estuviesen, de hecho, siendo permanentemente guiados por la humildad de Jesús en su relación tanto con los santos como con el mundo; y que él diga si el clamor de todo nuestro corazón, noche y día, no tendría que ser: "Que la humildad de Jesús esté en mí y en todos a mi alrededor!" Que él enfoque su corazón honestamente en su propia carencia de aquella humildad que fue revelada en la semejanza de la vida de Cristo y en todo el carácter de Su redención, y él comenzará a sentir como si nunca tuviera realmente conocido lo que son Cristo y Su salvación.

Creyente, estudie la humildad de Jesús! Ese es el secreto, la raíz oculta de su redención. Profundícese en ella cada día. Crea con todo su corazón que ese Cristo, a quién Dios le dio, así como Su humildad divina hizo el trabajo para usted, también entrará para habitar y operar en usted y para hacer lo que el Padre desea que usted sea.

Capítulo 3

LA HUMILDAD EN LA VIDA DE JESUS

"En medio de vosotros, Yo soy cómo quien sirve" (Lucas 22.27).

En el Evangelio de Juan, tenemos la vida interior de nuestro Señor expuesta a nosotros. Jesús allí habla frecuentemente de Su relación con el Padre, de los motivos por los cuáles Él es guiado, de Su conciencia del poder del espíritu en los cuáles Él actúa. Aunque la palabra "humilde" no aparezca, no hay cualquiera otro lugar en las Escrituras donde vemos tan claramente en que consistía Su humildad. Ya dijimos que esa gracia, en la verdad, nada es sino el simple consentimiento de la criatura en permitir que Dios sea todo, en virtud de entregarse exclusivamente su operación. En Jesús, veremos que, tanto como Hijo de Dios en los cielos como hombre en la tierra, Él tomó el lugar de total subordinación y dio Dios la honra y la gloria que Le son debidas. Y lo que Él enseñó tan frecuentemente se hizo verdad para Él aún: "Quién a sí aún humillarse será exaltado" (Mt 23.12). Como está escrito: "A Sí aún se humilló (...) por lo que también Dios Lo exaltó sobremanera" (Fp 2.8, 9).

Oiga las palabras en que el Señor habla de Su relación con el Padre, y vea como incesantemente Él usa las palabras "no" y "nada" para referirse a Él aún. El "no yo", en lo cual Pablo expresa su relación con Cristo, es el mismo espíritu en lo cual Cristo habla de Su relación con el Padre.

"El Hijo nada puede hacer de Sí aún" (Juan 5.19).

"Yo nada puedo hacer de Mí aún (...). Mi juicio es justo, porque no busco mi propia voluntad" (v. 30).

"No acepto gloria que viene de los hombres" (v. 41).

"Yo descendí del cielo, no para hacer mi propia voluntad" (6.38).

"Mi enseñanza no es Mía" (7.16).

"No vine de Mí aún" (v. 28 - RC).

"Nada hago por Mí aún" (8.28).

"No vine de Mí aún, pero Él Me envió"(8.42).

"Yo no busco mi propia gloria" (v. 50).

"Las palabras que Yo os digo, no las digo por Mí aún" (14.10).

"La palabra que estáis oyendo no es Mía" (v. 24).

Esas palabras abren para nosotros las raíces más profundas de la vida y de la obra de Cristo. el Dios Todopoderoso pudo trabajar Su maravillosa obra de redención por medio De él, Cristo. Ellas muestran lo que Cristo consideró como el estado de corazón que le cabía como el Hijo del Padre. Ellas nos enseñan lo que son la naturaleza y vida esenciales de esa redención que Cristo cumplió y ahora transmite. Es esto: Él no era nada para que Dios fuera todo. Él renunció a Sí aún totalmente, con Su gana y Sus fuerzas, para que el Padre trabajara En él. De Su propio poder, Su propia gana, Su propia gloria, de toda su misión con todas sus obras y Su enseñanza — de todo eso, Él dijo: "No soy Yo, no soy nada. Yo Me di totalmente al Padre para trabajar; no soy nada, el Padre es todo".

Cristo descubrió que esa vida de total abnegación, de absoluta sumisión y dependencia de la gana del Padre era una vida de perfecta paz y alegría. Él no perdió nada dando todo para Dios. Dios honró Su confianza y hizo todo para Él, y, entonces, Lo exaltó a la Su mano derecha en gloria. Y porque Cristo se humillo así delante de Dios, y Dios estaba siempre delante De él, Él halló posible humillarse delante de los hombres también y ser el Siervo de todos. Su humildad era simplemente el entregar a Sí aún Dios para permitir que Dios hiciera En él lo que Lo agradara, no importando lo que los hombres a la Su vuelta dijeran De él o hicieran a Él.

Es en ese estado de mente, en ese espíritu y disposición, que la redención de Cristo tiene su virtud y eficacia. Es para traernos para esa disposición que somos hechos participantes de Cristo. Esta es la verdadera abnegación, para la cual nuestro Salvador los llama: el reconocimiento de que el ego no tiene nada de bueno en sí aún, excepto como un recipiente vacío que Dios tiene que llenar, y de que su pretensión de ser o hacer cualquier cosa no debe, ni por un momento, ser permitida. Es en esto, arriba y antes de todas las cosas, que consiste la conformidad con Jesús: nada ser y nada hacer de nosotros mismos, para que Dios sea todo.

Aquí tenemos la raíz y naturaleza de la verdadera humildad. Por no entender o recoger eso es que nuestra humildad es tan superficial y tan débil. Tenemos que aprender de Jesús, que es manso y humilde de corazón. Él nos enseña donde la verdadera humildad tiene origen y halla su fuerza: en el conocimiento de que es Dios quien opera todo en todos, que nuestro deber es rendirnos a Él en perfecta resignación y dependencia, en pleno consentimiento de no ser y no hacer nada por nosotros mismos. Esta es la vida que Cristo vino a revelar y conceder: una vida para Dios que vino a través de la muerte para el pecado y para el ego.

Si sentimos que esa vida es elevada demasiado para nosotros y está además de nuestro alcance, Cristo que nos habita interiormente va a vivir esa vida, esa mansedumbre y esa humildad en nosotros. Si deseáramos ardientemente por eso, vamos, por encima de todas las cosas, recoger el santo secreto del conocimiento de la naturaleza de Dios, Él trabaja, a cada momento, todo en todos: el secreto de lo cual toda la naturaleza y todas las criaturas y, sobre todo, todo hijo de Dios, debe ser el testimonio: nada son sino un florero, un canal, a través de lo cual el Dios vivo puede manifestar las riquezas de Su sabiduría, poder y bondad. La raíz de toda virtud y gracia, de toda fe y adoración aceptable, es que sabemos que no tenemos nada que no hayamos recibido, y reverenciamos, en la más profundiza humildad, esperando en Dios para eso.

Fue porque esa humildad no era sólo un sentimiento temporal despertado y traído en ejercicio cuando Él consideraba Dios, pero era el propio Espíritu de toda Su vida, que Jesús era tan humilde en Su relación con los hombres como lo era en Su relación con Dios. Él se sintió el Siervo de Dios para los hombres que Dios hizo y amó; como una consecuencia natural, Él se consideró como el Siervo de los hombres para que, por medio De él, Dios pudiera hacer Su obra de amor. Él nunca, ni por un momento, pensó en recoger Su propia honra o en usar Su poder para vindicar a Sí mismo.

Su Espíritu fue por completo lo de una vida entregue a Dios para que Él opere en ella. Solamente cuando los cristianos que estudien la humildad de Jesús como la propia esencia de su redención, como la propia bienaventuranza de la vida del Hijo de Dios, como el único verdadera relación con el Padre y, por eso, como aquello que Jesús ten que en los dar se debimos tener parte con Él, es que la terrible carencia de real, celestial y manifiesta humildad se hará un fardo y una congoja, y sólo entonces nuestra religión común será colocada de lado para garantizar eso, la primera y principal de las marcas del Cristo dentro de nosotros.

Hermano, usted está revestido de humildad? Pregunte a su diario vivir. Pregunte a Jesús. Pregunte a sus amigos. Pregunte al mundo. Y comience a loar a Dios, pues le fue abierta, en Jesús, una humildad celestial que usted apenas conoció y, por la cual, una bendición que usted, probablemente, jamás haya probado, aún podrá venir hasta usted.

“La visión de la gloria de Dios produce humildad. Las estrellas desaparecen cuando el sol aparece”.

(Thomas Watson)

Capítulo 4

LA HUMILDAD EN LA ENSEÑANZA DE JESUS

"Aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11.29). "Quien que quiera hacerse grande entre vosotros será ese lo que os sirva (...), tal como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, pero para servir" (Mateo 20.26,28).

Venimos la humildad en la vida de Cristo, como Él reveló Su corazón para nosotros. Ahora vamos a oír Su enseñanza. Para tal, debemos oír cómo Él habla de eso, y hasta que punto Él espera que los hombres, y especialmente Sus discípulos, sean humildes como Él fue. Vamos a estudiar cuidadosamente los pasajes (las cuales raramente hago más que citar) para recibir la llena impresión de cuan frecuente y cuan seriamente Él enseñó eso. Eso podrá ayudarnos a percibir lo que Él requiere de nosotros.

1. Mire hacia el inicio de su ministerio. En las bienaventuranzas con las cuales el Sermón del Monte comienza, Él habló: "Bienaventurados los humildes de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (...) Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra" (Mateo 5.3, 5). Las primeras palabras de Su proclamación del reino de los cielos revelan la única puerta abierta a través de la cual entramos. Para los pobres, que no tienen nada en sí mismos, viene el reino. Los mansos, que no recogen nada en sí mismos. el tener las bendiciones de los cielos y de la tierra son para los humildes. Para la vida celestial y terrenal, la humildad es el secreto de bendición.

2. "Aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestra alma" (11.29). Jesús se ofreció a Sí mismo como Mestre. Él nos habla que espíritu podemos hallar En él como Mestre, lo cual también podemos aprender y recibir De él. Mansedumbre y humildad son la única cosa que Él nos ofrece; en ellas hallaremos perfecto descanso para nuestra alma. La humildad fue destinada para ser nuestra salvación.

3. Los discípulos disputaron quién sería el mayor en el reino, y concordaron en preguntar al Maestro (Lc 9.46; Mateo 18.1). Él colocó un niño en medio de ellos y dijo: "Aquel que hacerse humilde como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos" (Mateo 18.4). "Quién es el mayor en el reino de los cielos?" La pregunta es, de hecho, de grandes implicaciones. Cual será la principal distinción en el reino de los cielos? La respuesta, nadie, a no ser Jesús, podría tener dato: la principal gloria en los cielos, la verdadera inclinación celestial, la principal de las gracias es la humildad. "Aquel que es el menor entre vosotros, ese será el mayor (Lucas 9.48)".

4. La madre de los hijos de Zebedeo pidió Jesús que sus hijos se sentaran a la Su derecha y a la Su izquierda, en el lugar más elevado en el reino. Jesús dijo que no era Él quien concedería eso, pero el Padre lo daría a aquellos para quien estaba preparado. Ellos no deben recoger o pedir por eso. Su pensamiento tiene que estar vuelto hacia el cáliz y el bautismo de la humillación. Y después, añadió: "Quien que quiera hacerse grande entre vosotros, será ese lo que os sirva (...) tal como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, pero para servir" (Mt 20.20-28). Como la humildad es la marca de Cristo, el Celestial, ella será el único patrón de gloria en los cielos: el más humilde es que estará más cerca de Dios. La primacía en la Iglesia es prometida a los más humildes.

5. Hablando, a las multitudes y a los discípulos, sobre los fariseos y sobre el amor de ellos por las primeras lugares en las sinagogas, Cristo dijo una vez más: "El mayor de entre vosotros será vuestro siervo" (Mt 23.11). La humildad es la única escalera para la honra en el reino de Dios.

6. En otra ocasión, en la casa de un fariseo, Él contó la parábola de un invitado que fue llamado para ocupar un lugar más al frente (Lucas 14.7-11), y añadió: "Todo lo que se exalta será humillado; y lo que se humilla será exaltado". La exigencia es implacable. No hay otro camino. Solamente la autohumillación será exaltada.

7. Después de la parábola del fariseo y del publicano, Cristo habló nuevamente: "Todo lo que se exalta será humillado; pero lo que se humilla será exaltado" (Lucas 18.14). En el templo, y en la presencia y en la adoración Dios, todo lo que no es permeado por una profunda y verdadera humildad delante de Dios y de los hombres sin valor.

8. Después de haber lavado los pies de los discípulos, Jesús dijo: "Si Yo, siendo el Señor y el Maestro, os lavé los pies, también vosotros debéis lavar los pies unos de los otros" (Juan 13.14). La autoridad del liderazgo y del ejemplo, todo pensamiento, sea de obediencia o conformidad, hace de la humildad el primero y más esencial elemento del discipulado.

9. A la mesa de la Santa Cena, los discípulos aún disputaban quién sería el mayor. Jesús dijo: "El mayor entre vosotros sea como el menor; y aquel que dirige sea cómo lo que sirve. (...) En medio de vosotros, Yo soy cómo quien

sirve" (Lucas 22.26, 27). El camino por lo cual Jesús anduvo, y que Él nos abrió, el poder y el espíritu nos cuáles Él operó nuestra salvación, y para los cuales Él nos salva, es siempre la humildad, que me hace el siervo de todos.

Cuan poco eso es predicado! cuan poco eso es practicado! cuan poco la carencia de eso es sentida o confesada!, para no decir cuan pocos llegan a esto: alguna medida considerable de semejanza Jesús en Su humildad. Antes, cuan pocos piensan en hacer siempre de eso un objeto específico de continuo antojo u oración. Cuan poco el mundo ha visto eso! cuan poco eso ha sido visto incluso en el círculo interior de la Iglesia.

"Quien que quiera hacerse grande entre vosotros, será ese lo que os sirva." Que Dios nos permita creer que Jesús habla serio! Todos sabemos lo que el carácter de un siervo o esclavo fiel implica: devoción a los intereses del maestro, estudio cuidadoso y atento para agradarlo, deleitarse en su prosperidad y honra y felicidad. Para cuantos de nosotros no ha sido una nueva alegría en la vida cristiana saber que podemos en los entregar como siervos, como esclavos de Dios, y descubrir que Su servicio es nuestra mayor libertad, la libertad del pecado y del ego? Precisamos ahora aprender otra lección: que Jesús en los llama para ser siervos unos de los otros, y que, cuando aceptamos eso de corazón, ese servicio también será el más bendecido de todos, una nueva y más llena liberación también del pecado y del ego.

A la primera vista, eso puede parecer difícil; eso es así solamente a causa del orgullo que aún se considera alguna cosa. Si una vez aprendiéramos que ser nada delante de Dios es la gloria de la criatura, el espíritu de Jesús, el regocijo de los cielos, daremos bienvenidas con todo el corazón a la disciplina que, posiblemente, hayamos al servir incluso aquellos que intentan en los importunar. Cuando nuestro propio corazón que esté colocado en esto, en la verdadera santificación, estudiaremos cada palabra de Jesús en autohumillación con nuevo deleite, y ningún lugar será bajo demasiado y ningún descenso será profundo demasiado y ningún servicio será insignificante o demasiado prolongado que se podamos compartir y probar la comunión con Él que dijo: "Yo, sin embargo, entre vosotros soy cómo aquel que sirve" (Lucas 22.27).

Hermanos, aquí está el camino para la vida superior: bajo, más bajo! Eso fue lo que Jesús siempre dijo a los discípulos que estaban pensando en ser grandes en el reino y en sentarse a la Su derecha y a la Su izquierda. No recojan, no pidan por exaltación; eso es trabajo de Dios. Miren para eso para que vosotros se humillen y no tomen delante de Dios o del hombre lugar que no sea lo de siervo; eso es el trabajo de vosotros. Hagan con que ese sea su único propósito y oración. Dios es fiel. Así como el agua búsqueda y llena el lugar más bajo, así también, en el momento en que Dios encuentra la criatura rebajada y vaciada, Su gloria y poder fluyen para exaltar y bendecir. Aquel que se humilló — ese debe ser nuestro único cuidado — ese será exaltado. Eso es el cuidado de Dios; por su poder maravilloso y en Su gran amor, Él hará eso.

Los hombres, algunas veces, hablan como se humildad y mansedumbre pudieran quitar de nosotros lo que es noble, y corajoso y viril. Oh, quien hube dado todo ya que eso es la nobleza del reino de los cielos, que eso es el espíritu real que el Rey de los cielos exhibió, que eso es semejanza Dios: humillarse, hacerse el siervo de todos! Ese es el camino para la alegría y para la gloria de la presencia de Cristo en nosotros, Su poder reposando sobre nosotros.

Jesús, el Manso y Humilde, nos llama para aprender De él el camino de Dios. Vamos a estudiar las palabras que hemos leído, hasta que nuestro corazón sea llenado con el pensamiento: "Mi única necesidad es la humildad". Y vamos a creer que lo que Él muestra, Él da; lo que Él es, Él concede. Como Aquel que es Manso y Humilde, Él vendrá y habitará en el corazón deseoso.

Capítulo 5

LA HUMILDAD EN LOS DISCÍPULOS DE JESUS

"El mayor entre vosotros sea como el menor; y aquel que dirige sea cómo lo que sirve " (Lucas 22.26).

Estudiamos la humildad en la persona y enseñanza de Jesús; vamos ahora buscarla en el círculo de Sus compañeros escogidos: los doce apóstoles. Si, en la carencia de la humildad que hallamos en ellos, el contraste entre Cristo y los hombres es hecho más claro, eso irá en los ayudar a apreciar el poderoso cambio que lo Pentecostés hizo en ellos, y prueba cuan real puede ser nuestra participación en el triunfo perfecto de la humildad de Cristo sobre el orgullo que Satanás sopló para dentro del hombre. En los textos citados de la enseñanza de Jesús, ya venimos cuáles fueron las ocasiones en las cuáles los discípulos probaron cuan destituidos andaban con relación a la gracia de la humildad. Una vez, ellos estaban disputando por el camino cual de ellos sería el mayor. Otra vez, los hijos de Zebedeo con su madre pidieron por los primeros lugares, sentarse a la derecha y a la izquierda de lo Señor.

Y más tarde, en la Santa Cena, en la última noche, hubo nuevamente una contienda sobre quien sería considerado como el mayor. No que no haya habido momentos en que ellos realmente se humillaron delante del Señor. Aconteció con Pedro cuando él dijo: "Señor, retírate de mí, porque soy pecador" (Lc 5.8). Y también con los discípulos, cuando ellos se cayeron en tierra y adoraron el Señor que había calmado la tempestad. Pero esas expresiones ocasionales de humildad son sólo un fuerte contraste en relación a lo que era el tono habitual de su mente, como mostrado en la revelación natural y espontánea del lugar y poder del ego dada en otras veces. El estudio del significado de todo eso nos enseñará lecciones más importantes.

Primero, cuanto puede haber de religión enérgica y activa mientras la humildad aún es tristemente ausente. Veamos eso en los discípulos. Había en ellos una atracción intensa por Jesús. Ellos habían abandonado todo por Él. El Padre les había revelado que Él era Cristo de Dios. Ellos creyeron En él, ellos Lo amaron, ellos obedecieron a Sus mandamientos. Ellos abandonaron todo para seguir el Señor. Cuando otros retrocedieron, ellos se separaron para el Señor. Ellos estaban listos para morir con Él. Pero más profundo que todo eso, había un poder de las tinieblas, de cuya existencia y ellos raramente estaban conscientes, que debería ser muerto y expulso antes que ellos pudieran ser los testigos del poder de Jesús para salvar.

Y aún es así. Podemos hallar profesores y ministros, evangelistas y obreros, misioneros y maestros, en quienes los dones del Espíritu son muchos y manifestaciones, y son canales de bendición para multitudes, pero en quienes, cuando el tiempo de pruebas viene o una comunión más próxima nos permite conocerlos más llenamente, es sólo dolorosamente obvio que la gracia de la humildad, como característica permanente, es raramente vista. Todo van a confirmar la lección de que la humildad es una de las principales y supremas gracias, una de las más difíciles de obtenerse, algo para lo que nuestros primeros y principales esfuerzos tienen que ser hacia, algo que viene solamente en poder cuando la plenitud del Espíritu nos hace participantes del Cristo que habita y vive dentro de nosotros.

Segundo, cuan impotentes son todas las enseñanzas externas y esfuerzos personales, para vencer el orgullo o dar el corazón manso y humilde. Durante tres años los discípulos estuvieron en la escuela de entrenamiento de Jesús. Él les dijo cual era la lección principal que deseaba enseñarles: "Aprended de Mí, pues soy humilde y manso de corazón".

Repetidamente Él hablaba a ellos, a los fariseos, a la multitud, de la humildad como el único camino para la gloria de Dios. Él no tenía sólo vivido delante del como el Cordero de Dios en Su humildad divina; Él les expuso, más de un golpe, el íntimo secreto de Su vida: "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, pero para servir"; "Estoy entre vosotros como aquel que sirve." Él lavó los pies de los discípulos y les dijo para seguir Su ejemplo. Y todo eso fue de poco provecho. En la Santa Cena aún hubo contienda cuanto la cual de ellos sería el mayor. A buen seguro, ellos intentaron muchas veces aprender Sus lecciones, y firmemente no ofenderlo nuevamente. Pero todo vanamente.

Eso debería enseñarlos y a nosotros la lección más necesaria de que ninguna instrucción exterior, ni sino la dada por el propio Cristo; ningún argumento, por más convincente que sea; ninguna percepción de la belleza de la humildad, por más profundiza que sea; ninguna decisión personal o esfuerzo, por más sincero y serio que sea, puede expulsar el mal del orgullo. Cuando Satanás expulsa Satanás, eso sirve sólo para introducir nuevamente un poder más fuerte. Nada puede ser útil, la no ser esto: que la nueva naturaleza en su divina humildad sea revelada en poder para tomar el lugar de la vieja, para hacer nuestra naturaleza tan verdadera como nunca fue.

Tercero, es sólo por el habitar de Cristo en Su divina humildad que nos hacemos verdaderamente humildes. Tenemos nuestro orgullo que vino de otro, de Adán; tenemos que tener nuestra humildad también de Otro. El orgullo es nuestro y gobierna en nosotros con su muy terrible poder, porque eso es nuestro propio ser, nuestra propia naturaleza. La humildad tiene que ser nuestra de la misma manera; ella tiene que ser nuestro propio ser, nuestra propia naturaleza. Tan natural y fácil como es ser orgulloso, tiene que ser, y será, ser humilde. La promesa es: "Donde", incluso en el corazón, "abundó el pecado, superabundo la gracia".

Todo enseñanza de Cristo a sus discípulos, y todo esfuerzo inútil de ellos, fueron la preparación necesaria para el Señor entrar en ellos en poder divino, para dar y ser en ellos lo que Él los había enseñado a desear. En Su muerte Él destruyó el poder del mal, Él alejó el pecado, Él consumó una redención eterna. En Su resurrección, Él recibió del Padre una vida completamente nueva, la vida de hombre revigorizado por el poder de Dios, capaz de ser transmitida a los hombres, y entrar y renovar y llenar la vida de ellos con Su divino poder. En Su ascenso Él recibió el Espíritu del Padre, por medio de quien hizo lo que no podría haber hecho mientras sobre la tierra: hacerse uno con aquellos que amó; en la verdad, vivir la vida de ellos, para que pudieran vivir delante del Padre en humildad como Él, pues era Él quien vivía y respiraba en ellos.

Y en el Pentecostés Él vino y tomó posesión. El trabajo de preparación y persuasión, el despertar del antojo y esperanza que Su enseñanza efectuó, fue perfeccionado por el poderoso cambio que hizo lo Pentecostés. Y la vida y epístolas de Santiago, Pedro y Juan traen la evidencia de que todo cambió, y de que el espíritu del manso de Jesús había, de hecho, se apoderado de ellos.

Lo que podemos decir de esas cosas? Entre mis lectores, tengo certeza de que hay más de un tipo de persona. Debe haber algunos que nunca pensaron aun de la muy especialmente sobre el asunto, y no pueden percibir, de un golpe, su inmensa importancia como una cuestión de vida para la Iglesia y para todos sus miembros. Hay otros que se sintieron condenados por sus flaquezas, y se esforzaron, sólo para fallar. Otros pueden ser capaces de dar alegres testimonios de bendición y poder espirituales, y aun así nunca haber habido la convicción necesaria.

Y aún otros pueden ser capaces de testificar que, en lo que concierne a esa gracia, el Señor dio liberación y victoria, aún mientras Él los enseñaba cuanto aún necesitaban de la plenitud de Jesús y podían esperar por ella. No importando la que clase pertenezcamos, debo rizar la urgente necesidad que hay para toda nuestra búsqueda de una profunda convicción del lugar único que la humildad posee en la religión de Cristo, y la absoluta imposibilidad de la Iglesia o de el creyente ser lo que Cristo gustaría que ellos fueran, mientras Su humildad no es reconocida como Su principal gloria, Su primer mandamiento y nuestra más elevada bendición.

Vamos considerar profundamente cuan lejos los discípulos habían conseguido ir mientras esa gracia estaba aún tan terriblemente ausente, y vamos a orar Dios para que solamente otros dones no nos satisfagan, para que nunca nos encariñemos al hecho de que la ausencia de esa gracia es el secreto por lo cual el poder de Dios no puede hacer su poderosa obra. Es solamente allí que nosotros, como el Hijo, verdaderamente sabemos y mostramos que nada podemos hacer por nosotros mismos y Dios hará todo.

Es cuando la verdad de un Cristo que habita interiormente toma el lugar por lo cual ella clama en la experiencia de los creyentes que la Iglesia colocará sus bellas vestes y la humildad será vista en sus maestros y miembros como la belleza de la santidad.

“El creyente en unión con Dios descansa de los argumentos. Es difícil para el alma reprimir la argumentación mientras está alineada de Dios. Ella argumenta porque perdió el Dios de la razón. El creyente verdaderamente restaurado cesa de la argumentación viciosa y complicada de la naturaleza. La verdadera sabiduría es desear conocer todo aquello que Dios desea que conozcamos; es emplear nuestra facultad de percepción y raciocinio bajo la dirección divina y no recoger nada además de este límite. Usted que recoge la verdad: tiendo ejercitado su razón hasta descubrir que no existe paz en ella, descanse en el Dios de la razón. Lo que usted no sabe, Dios sabe. Ande con los ojos vendados y Dios, con Su mano, le guiará a usted”. (T. C. Upham)

Capítulo 6

LA HUMILDAD EN LA VIDA DIÁRIA

"Aquel que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar Dios, a quién no ve" (1 Juan 4:20)

Que pensamiento solemne es este: que nuestro amor a Dios será medido por nuestro contacto diario con los hombres y el amor que Él exhibe; y que nuestro amor a Dios será tenido como una desilusión, excepto cuando su verdad es probada en las situaciones de prueba de la vida diaria con hombres como nosotros. También es así con nuestra humildad. Y fácil pensar en que nos humillemos delante de Dios, pero la humildad delante de los hombres será la única prueba suficiente de que nuestra humildad delante de Dios es real, de que la humildad ha hecho su morada en nosotros y se hace nuestra propia naturaleza, prueba de que nosotros, en la verdad, como Cristo, hicimos de nosotros mismas personas sin reputación. Cuando, en la presencia de Dios, la humildad de corazón se hace, no una postura que asumimos por un tiempo, cuando pensamos En él u oramos a Él, pero el propio espíritu de nuestra vida, eso se manifestará en todo el "conducir delante de" nuestros hermanos. La lección es de profunda importancia: la única humildad que es realmente nuestra no es aquella que intentamos mostrar delante de Dios en oración, pero aquella que cargamos con nosotros, y sostenemos, en nuestra conducta común; las insignificancias de la vida diaria son la importancia y las pruebas de la eternidad, pues ellas prueban cual es realmente el espíritu transmitimos. Es en la mayoría de nuestros momentos desprotegidos que realmente mostramos y vemos lo que somos. Para conocer el hombre humilde, para conocer como el hombre humilde se comporta, usted tiene que seguirlo en la vida común de su día a día.

No fue eso que Jesús enseñó? Cuando los discípulos disputaron quién sería el mayor, cuando Él vio como los fariseos amaban los primeros lugares en los banquetes y los primeros bancos en las sinagogas, cuando Él les dio el ejemplo a lo lavarles los pies: ahí Él enseñó Sus lecciones de humildad. La humildad delante de Dios no es nada si no fuera probada en humildad delante de los hombres.

Es también así en las enseñanzas de Pablo. A los romanos, él escribió: "Prefiriéndoos en honra unos a los otros" (12.10); "En lugar de que seáis orgullosos, condescended con el que es humilde" (12.16); "No seáis sabios a vuestros propios ojos" (12.16). A los corintios: "El amor", y no hay amor alguno sin la humildad como raíz, "no se ufana, no se ensoberbece, no busca sus intereses, no se exaspera"(1 Co 13:4, 5). A los gálatas: "Sed de siervos unos de los otros, por el amor. (...) No nos dejemos poseer de vanagloria, provocando unos a los otros, tiendo envidia unos de los otros" (5.13,26). A los efesios, inmediatamente después de tres maravillosos capítulos sobre la vida celestial: "Andéis (...) con toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, soportándoos unos a los otros en amor" (4.2); "Dando siempre gracias por todo (...), sujetándoos unos a los otros en el temor de Cristo" (5.20, 21). A los filipenses: "Nada hagáis por partidarismo, o vanagloria, sino por humildad, considerando cada uno los otros superiores a sí aún. (...)Tiende en vosotros el mismo sentimiento que hubo también en Cristo Jesús, (...) a sí aún se vació, asumiendo la forma de siervo, (...) y a sí aún se humilló" (2.3, 5, 7, 8) Y a los colosenses: "Os revestí de tiernos afectos de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad. Soportaos unos a los otros, perdonaos mutuamente, (...) así como el Señor os perdonó" (3.12, 13). Es en nuestra relación unos con los otros, en nuestro tratamiento unos para con los otros, que la verdadera humildad de mente y el corazón de humildad serán mostrados. Nuestra humildad delante de Dios no tiene valor, pero nos prepara para revelar la humildad de Jesús a los hombres como nosotros. Vamos a estudiar la humildad en el vivir diario a la luz de esas palabras.

El hombre humilde búsqueda a todo tiempo actuar de acuerdo con la regla: "En honra prefiriéndoos unos a los otros; siervos unos de los otros; considerando cada uno los otros superiores a sí aún; sujetándoos unos a los otros." La pregunta frecuentemente hecha es: "Como podemos considerar otros superiores a nosotros mismos, cuando vemos que ellos están mucho rebajo de nosotros en sabiduría y santidad, en dones naturales o en gracia recibida?" Ese asunto prueba que entendemos muy poco lo que lo que realmente la humildad. La verdadera humildad viene cuando, a la luz de Dios, nos vemos a nosotros mismos como nada siendo, consintiendo en desistir y en deshacernos de nosotros mismos, para permitir que Dios sea todo. El alma que hizo eso y puede decir: "Yo me perdí encontrando a Ti", ya no se compara con otros. Ella desistió para siempre de todo pensamiento del ego en la presencia de Dios; ella encuentra los hombres comunes como alguien que no es nada y no recoge nada para sí aún; ella es un siervo de Dios y, a causa de él, un siervo de todos. Un siervo fiel puede ser más sabio que el maestro y, aun así, conservar el verdadero espíritu y postura del siervo. El hombre humilde respeta cada hijo de Dios, aún el más débil y el más indigno, y lo honra y lo prefiere en honra como el hijo de un Rey. El espíritu De aquel que lavó los pies de los discípulos hace con que nos sea, de hecho, una alegría que seamos los menores, que seamos siervos unos de los otros.

El hombre humilde no siente celos o envidia. Él puede loar Dios cuando otros son preferidos y bendecidos antes de él ser. Él puede soportar y que otros sean loados y él siendo olvidado, pues en la presencia de Dios él aprendió a decir como Pablo: "Nada soy" (2 Co 2.11). Él recibió el espíritu de Jesús — que no se agradó a Sí mismo y no recogió Su propia honra — como el espíritu de su vida.

Entre lo que son consideradas tentaciones para haber impaciencia e irritación, para haber opiniones duras y palabras bruscas, tentaciones que vienen de fallos y pecados de cristianos, el hombre humilde carga a determinación frecuentemente repetida en su corazón, y muestra eso en su vida: "Soportaos unos a los otros, perdonaos mutuamente, (...) así como lo Señor os perdonó". Él aprendió que, revistiéndose del Señor Jesús, él se vistió "de tiernos afectos de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad." Jesús tomó el lugar del ego, y no es una imposibilidad perdonar como Jesús perdonó. La humildad de Jesús no consiste meramente en opiniones o palabras de auto-deprecio, pero, como Pablo coloca, "en un corazón de humildad", cercado de compasión y amabilidad, mansedumbre y longanimidad, la dulce y humilde gentileza reconocida como la marca del Cordero de Dios.

En esforzarse por tener las experiencias más elevadas de la vida cristiana, el creyente está frecuentemente bajo el peligro de visar a y de se regocijar en lo que alguien puede llamar de la virtud más humana y valiosa, como osadía, alegría, desprecio al mundo, celo, auto-sacrificio — incluso los antiguos estoicos enseñaron y practicaron eso -, mientras las más profundas y gentiles, las más divinas y más celestiales, aquello que Jesús primero enseñó sobre la tierra, pues las trajo del cielo, aquello que está más evidentemente conectado a la cruz y con la muerte del ego — pobreza de espíritu, mansedumbre, humildad, modestia — son raramente consideradas o valoradas. Por tanto, vamos en los revestir de un corazón de compasión, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, y vamos a probar nuestra semejanza con Cristo, en nuestro celo por salvar el perdido, pero antes de todo en nuestra relación con los hermanos, soportando y perdonando unos a los otros, así como el Señor nos perdonó.

Compañeros cristianos, vamos a estudiar la imagen de la Biblia con respecto al hombre humilde. Y vamos a preguntar a nuestros hermanos, y preguntar al mundo, si ellos reconocen en nosotros la semejanza al original. Vamos en los contentar con nada menos que tomar cada uno de esos textos como la promesa de lo que Dios irá a trabajar en nosotros, como la revelación en palabras de lo que el Espíritu de Jesús nos dará dentro de nosotros. Y vamos, en cada fallo y flaqueza, simplemente en los apresurar en hacernos humildes y mansos para el manso y humilde Cordero de Dios, en la certeza de que donde Él es entronizado en el corazón, Su humildad y bondad serán una de las torrentes de agua viva que fluyen de dentro de nosotros.

Una vez más repito lo que ya había dicho antes. Siento profundamente que tenemos muy poca percepción de que la Iglesia sufre a causa de la falta de esa humildad divina, el ser nada que da lugar para Dios probar Su poder. No hace mucho tiempo desde que un cristiano, con un humilde y amable espíritu, comunico-si con no pocos puntos de misión de varias sociedades y expresó su profunda tristeza, pues en algunos de ellos el espíritu de amor y tolerancia estaba tristemente ausente. Hombres y mujeres que, en Europa, podrían escoger su propio círculo de amigos, hallan difícil soportar y amar y mantener a unidad del Espíritu en el vínculo de la paz por estar próximos de otros con mente incompatible. Y aquellos que deberían haber sido compañeros y ayudadores de la alegría unos de los otros se hicieron un obstáculo y un enfado. Y todo por la única razón: la falta de la humildad que se considera nada, que se regocija en hacerse y ser considerada como la menor, y búsqueda apenas, como Jesús, ser el siervo, el auxiliar y confortador de otros, hasta de los más débiles y más indignos.

Y como acontece de hombres que tienen alegremente desistido de ellos mismos por que Cristo hallen tan difícil desistir de ellos mismos por sus hermanos? Eso no es culpa de la Iglesia? Ella ha enseñado tan poco a sus hijos que la humildad de Cristo es a primera de las virtudes, la mejor de todas las gracias y poderes del Espíritu. Ella ha probado tan poco que la humildad de Cristo es lo que ella, como Cristo, coloca y predica en primer lugar como lo que es, de hecho, necesario y posible también. Permitamos que el descubrimiento de la ausencia de esa gracia nos mueva para mayor expectativa de Dios. Vamos a respetar todo hermano que nos intenta o irrita como medio de la gracia de Dios, instrumento de Dios para nuestra purificación, para nuestro ejercicio de la humildad que Jesús, nuestra Vida, sopló para dentro de nosotros. Y vamos a tener tal fe en lo Todo de Dios y en nada el ego para que, como nada a nuestros propios ojos, en el poder de Dios, recojamos solamente amar los unos a los otros en amor.

El orgullo alimenta el recuerdo de la ofensa - la humildad las olvida tanto cuanto las perdona.

(Robert C. Chapman)

Capítulo 7

HUMILDAD Y SANTIDAD

"Pueblo que dice quédate donde estás, porque soy más santo que tú" (Isaías 65.5).

Hablamos sobre el Movimiento de Santidad en nuestro tiempo, y loamos Dios por eso. Venimos de muchos buscadores de la santidad y maestros de la santidad, de enseñanza de santidad y reuniones de santidad. Las verdades bendecidas de la santidad en Cristo, y santidad por la fe, están siendo enfatizadas como nunca antes. La mayor prueba para vernos si la santidad que profesamos recoger o alcanzar es verdad y vida será ella ser manifestada en la humildad creciente que ella produce. En la criatura, la humildad es la única cosa necesaria para permitir que la santidad de Dios habite en ella y brille a través de ella. En Jesús, el Santo de Dios que nos hace santos, la humildad divina era el secreto de Su vida, de Su muerte y de Su exaltación. La única prueba infalible de nuestra santidad será la humildad delante de Dios y de los hombres que en los caracteriza. La humildad es la fuerza y la belleza de la santidad.

La principal marca de la santidad falsificada es su falta de humildad. Todo aquel que recoge la santidad necesita estar vigilando, a fin de que no acontezca que, inconscientemente, lo que fue comenzado en el espíritu sea perfeccionado en la carne y el orgullo rastree donde su presencia es menos esperada. Dos hombres fueron al templo para orar: uno era un fariseo, el otro era un publicano. No hay posición o lugar más sagrado, pero el fariseo puede entrar allá. El orgullo puede llegarle a la cabeza dentro del propio templo de Dios, y hacer de la adoración a Él la escena de la auto-exaltación del fariseo. Desde que Cristo expuso el orgullo del fariseo, este puso a viste del publicano, y el confesor de profunda pecaminosidad, así como lo que profesaba la santidad más elevada, debe estar alerta.

Sólo cuando estemos muy ansiosos para tener nuestro corazón como un templo de Dios, podremos encontrar los dos hombres subiendo al templo para orar. Y el publicano constatará que el peligro para sí no es proveniente del fariseo a su lado, que lo desprecia, pero del fariseo interior que elogia y exalta. En el templo de Dios, cuando pensamos que estamos en el Santo de los Santos, en la presencia de Su santidad, vamos cuidarnos del orgullo. "Un día en que los hijos de Dios vinieron a presentarse ante el Señor, vino también Satanás entre ellos" (Juan 1.6).

"Dios, gracias Te doy porque no soy como los demasiados hombres (...) ni aún como este publicano" (Lc 18.11). El ego halla razón para su satisfacción en la que es sólo el motivo para las acciones de gracias, en las propias acciones de gracia que rendimos Dios y en la propia confesión de que Dios hizo todo eso. Sí, incluso en el templo, cuando el lenguaje de penitencia y confianza solamente en la misericordia de Dios es oída, el fariseo puede comenzar a loar y, agradeciendo Dios, estar congratulando a sí aún. El orgullo pudo vestirse con vistas de alabanza o de penitencia. Hasta cuando las palabras: "No soy como los demasiados hombres" son rechazadas y condenadas, el espíritu de ellas puede también, muchas veces, ser encontrado en nuestros sentimientos y lenguaje delante de otros adoradores y hombres como nosotros. Si usted desea saber se eso es realmente así, sólo oiga la manera como las iglesias y los cristianos generalmente hablan unos de los otros.

Cuan poco de la mansedumbre y bondad de Jesús es vista. Tan poco es acordado de que la humildad profunda tiene que ser el principio predominante de lo que los siervos de Jesús dicen de ellos mismos o unos de los otros. No hay muchas iglesias o asamblea de santos, muchas misiones o conferencias, muchas sociedades o comités, incluso muchas misiones en las distantes tierras de idolatría, en las cuáles la armonía ha sido perturbada y la obra de Dios impedida, porque los hombres que son considerados santos probaron en susceptibilidad, precipitación e impaciencia, en autodefensa y auto-afirmación, en juicios severos y palabras groseras, que ellos no consideran otros mejores que ellos mismos, y que su santidad no tiene poco de la mansedumbre de los santos?

"quédese donde está, porque soy más santo que tú!" Que parodia sobre la santidad! Jesús, el Santo, es el Humilde: el más santo será siempre el más humilde. No hay ningún santo la no ser Dios: tenemos tanto de santidad cuanto tenemos que Dios. Y de acuerdo con lo que tenemos que Dios, esa será nuestra real humildad, pues la humildad no es nada sino el desaparecimiento del ego en la visión de que Dios es todo. El más santo será el más humilde. Cuantas veces su espíritu aún es visto, quiere en el tratamiento con nuestros compañeros santos, quiere en el tratamiento con los hijos del mundo. En el espíritu en lo cual opiniones son dadas, y trabajo es emprendido, y faltas son expuestas, cuantas veces, a pesar de la apariencia ser a de aquel publicano, la voz aún es a del fariseo: "Dios, gracias Te doy porque no soy como los demasiados hombres".

Y hay, entonces, tamaña humildad y se encuentra, por la cual los hombres, de hecho, consideren a sí mismos "menores que el menor de todos los santos" (Ef 3.8), los siervos de todos? Hay. "El amor no se ufana, no se

ensoberbece, no busca sus intereses" (1 Co 13.4, 5). Donde el espíritu de amor es derramado ampliamente en el corazón, donde la naturaleza divina viene para un lleno comienzo, donde Cristo, el manso y humilde Cordero de Dios, es verdaderamente formado en el interior, ahí es dado el poder de un perfecto amor, que olvida de sí mismo y halla su bendición en bendecir otros, en soportarlos y los honras, no importa cuan débiles sean. Donde ese amor entra, Dios entra. y donde Dios entro en Su poder, e revela así mismo como Todo, la criatura se vuelve nada. y donde la criatura se torna nada delante de Dios, ella no puede ser nada la no ser humilde delante de otras criaturas como ella. La presencia de Dios se hace no algo ocasional, de tiempos o temporadas, pero la cobertura bajo la cual el alma siempre habita, y su profundo descenso delante de Dios se hace el santo lugar de Su presencia de donde todas las palabras y obras de ella proceden.

Que Dios nos enseñe que nuestras opiniones y palabras y sentimientos con respecto a los otros hombres son Su prueba de nuestra humildad delante De él, y que nuestra humildad delante De él es el único poder que nos capacita a ser siempre humildes con los hombres. Nuestra humildad tiene que ser la vida de Cristo, el Cordero de Dios, dentro de nosotros.

Que todos los maestros de santidad, quiere en el púlpito quiere en la plataforma, y todos los buscadores de la santidad, quiere en secreto quiere en la convención, pero tenga cuidado. No hay orgullo tan peligroso, pues es tan sutil y traidor, como el orgullo de la santidad.

No es que el hombre siempre diga o siempre piense: "Quédese donde está; soy más santo que usted." No, Pero allá crece, inconscientemente, es un hábito oculto del alma, que siente satisfacción en sus hechos y no puede ayudar otros por ver cuan avanzada está en relación a ellos. Eso puede ser percibido, no siempre en una especial auto-afirmación o auto-exaltación, pero simplemente en la carencia de aquella profunda auto-humillación que no puede ser sino la marca del alma que vio la gloria de Dios (Juan 42.5,6; Isaías 6:5).

Eso revela a sí aún, no sólo en palabras o pensamientos, pero en un tono, en una manera de hablar de otros, en la cual aquellos que tienen el don de discernimiento espiritual no pueden hacer otra cosa la no ser percibir el poder del ego. Hasta el mundo con sus ojos penetrantes observa eso, y apunta para eso como una prueba de que el profesar de una vida celestial no produce ningún fruto celestial especial. Oh! hermanos, vamos en los acautelar. La menos que hagamos con que cada avance en lo que pensamos ser santidad corresponda al crecimiento de la humildad, percibiremos que tenemos en los deleitado en bellos pensamientos y sentimientos, en actos solemnes de consagración y fe, mientras la única marca segura de la presencia de Dios, la desaparición del ego, estuvo todo el tiempo ausente. Vengan y vamos a huir para Jesús, y escondernos En él hasta que seamos revestidos con Su humildad. Solamente eso es nuestra santidad.

La ambición es miseria adornada, veneno secreto, oculta, ejecutora del engaño, madre de la hipocresía, progenitora de la envidia, el primero de los defectos, ofensora de la santidad y aquella que ciega los corazones, transformando medicamentos y remedios en males.

Los lugares altos nunca dejan de ser incómodos, y las coronas están siempre repletas de espinas.

(Thomas Brooks)

Cuando buscamos honras, nos desviamos de Jesús. (Victor Hugo)

Capítulo 8

HUMILDAD Y PECADO

"Pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1Timóteo 1.15).

La humildad es frecuentemente identificada con penitencia y contrición. Como consecuencia, parece no haber otra manera de cultivar la humildad a no ser manteniendo el alma ocupada con su pecado. Aprendemos, pienso, que la humildad es algo diferente y además de eso. Venimos en la enseñanza de nuestro Señor Jesús y de las epístolas del Nuevo Testamento cuántas veces la virtud es mostrada sin ninguna referencia al pecado. En la propia naturaleza de las cosas, en la relación completa de la criatura con El Creador, en la vida de Jesús cómo Él la vivió y la comparte con nosotros, la humildad es la propia esencia de la santidad como lo es de la bendición. Eso es la destitución del ego por la entronización de Dios. Donde Dios es todo, el ego es nada.

Pero, a pesar de ese ser el aspecto de la verdad que sentí ser especialmente necesario destacar, preciso decir, de manera rápida, lo que la profundidad e intensidad del pecado del hombre y de la gracia de Dios dan a la humildad de los santos. Tenemos sólo de mirada para un hombre como el apóstol Pablo para ver como, a través de su vida como un hombre remido y santo, él vive inextinguiblemente la profunda percepción de haber sido un pecador. Conocemos los pasajes en los cuáles él se refiere a la su vida como un perseguidor y blasfemo. "Yo soy el menor de los apóstoles, que aún no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí la Iglesia de Dios. (...) Trabajé mucho más que todos ellos; sin embargo no yo, pero la gracia de Dios conmigo." (1 Co 15.9, 10). "A mí, el menor de todos los santos, me fue dada esta gracia de predicar a los gentíos..." (Ef 3.8). "A mí que en otro tiempo era blasfemo y perseguidor y insolente. Pero obtuve misericordia, pues lo hice en la ignorancia, en la incredulidad. (...) Cristo Jesús vino al mundo para salvar los pecadores, de los cuáles yo soy el principal." (1 Tim 1.13, 15). La gracia de Dios lo salvó; Dios nunca más se acordó de su pecado; pero Pablo nunca, nunca podría olvidar cuan terriblemente había pecado. Mientras más él se regocijaba en la salvación de Dios, y más su experiencia de la gracia de Dios lo llenaba con alegría indecible, más clara era su percepción de que él era un pecador salvo, y de que la salvación no tenía significado o dulzura, excepto por el hecho de él ser un pecador hacer con que eso le fuera precioso y real. Nunca, ni por un momento, él podría olvidar que fue un pecador que Dios tomó en los brazos y coronó con Su amor.

Los textos que acabamos de citar son frecuentemente citados como la confesión de Pablo de su diario pecar. Usted tiene sólo que leerlos atentamente en su contexto, para ver cuan poca relación ellos tienen con eso. Esos versículos tienen un significado ampliamente profundo, pues se refieren a lo que dura por la eternidad y dará su profundo y suave sonido de asombro y adoración a la humildad con la cual el redimido adora delante del trono, como aquel que fue lavado de sus pecados en la sangre del Cordero. Nunca, nunca, ni aún en la gloria, ellos pueden ser otra cosa la no ser pecadores redimidos; nunca, ni por un momento en esa vida, el hijo de Dios puede vivir en la luz llena de Su amor la no ser cuando siente que el pecado, de lo cual fue salvo, es su único derecho y título para todo que la gracia prometió hacer. La humildad con la cual primero él apareció como un pecador delante de Dios adquiere un nuevo significado cuando él aprende como ella lo hizo una criatura. Y después, continuamente, la humildad, en la cual él nació como una criatura, tiene su más profundiza, más rica forma de adoración, en la memoria de que debe ser un monumento del maravilloso amor redentor de Dios.

La verdadera importancia de lo que esas expresiones de Pablo nos enseñan los vienen todas más fuertes cuando notamos el notable hecho de que, a través de toda su trayectoria cristiana, nunca hallamos, de la punta de su pena, ni aún en aquellas epístolas en que tenemos sus más intensas confesiones personales, cualquier cosa como confesión de pecado. En ningún lugar hay mención de flaqueza o defecto, en ningún lugar alguna sugerencia a sus lectores de que él haya fallado en obligación o haya pecado contra la ley del perfecto amor. Al contrario, hay pasajes, no pocas, en los cuáles él vindica a sí aún en lenguaje que nada significa si no apela para una vida sin falta delante de Dios y de los hombres. "Vosotros y Dios sois testigos del modo por qué piadosa, justa y irrepreensiblemente procedemos en relación a vosotros los que creéis." (1 Ts 2.10).

"Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, de que con santidad y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, pero en la gracia divina, hemos vivido en el mundo, y más especialmente para con vosotros." (2 Co 1.12). Eso no es un ideal o una inspiración; es un llamamiento para aquello que su verdadera vida fue. Por más que podamos considerar esa falta de confesión de pecado, todos admitirán que eso ten que apuntar hacia una vida en el poder de Espíritu Santo, tanto que raramente es percibida o esperada en nuestros días.

El punto que deseo enfatizar es este: que el propio hecho de la carencia de tal confesión solamente da más fuerza para la verdad de que no es en el pecar diario que el secreto de la humildad profunda será encontrado, pero en la habitual posición, nunca, ni por un momento, puede ser olvidada, la cual tan-solamente de más abundante gracia mantendrá más distintamente vivo y activo el hecho de que nuestro único lugar, el único lugar de bendición, nuestra única posición de habitar delante de Dios, tiene que ser aquella de aquellos cuya mayor alegría es confesar que son pecadores salvos por la gracia.

Con el profundo recuerdo de Pablo de haber pecado tan terriblemente en el pasado, antes de la gracia encontrarlo, y la conciencia de ser guardado de pecar en el presente, estaba continuamente conectada al recuerdo permanente del poder oculto del pecado siempre pronto para aparecer, y sólo alejado por la presencia y poder de Cristo que habita interiormente. "En mí, es decir, en mi carne, no habita bien ninguno": esas palabras de Romanos 7 describen la carne como ella será para siempre. La gloriosa liberación de Romanos 8.2 —"La Ley del Espíritu de la vida en Cristo Jesús me libró de la ley del pecado", la cual me había capturado — no es ni la aniquilación ni la santificación de la carne, pero una victoria continua dada por el Espíritu cuando Él mortifica los hechos del corazón. Como la salud expelle la enfermedad, y la luz traiga las tinieblas y la vida vence la muerte, el habitar interior de Cristo a través del Espíritu es la salud y luz y vida del alma. Pero con eso, la convicción de la posibilidad de abandono y peligro siempre templó la fe de alguien en la acción pasajera o continua de Espíritu Santo, dándole aquel sentido simple de dependencia que hace la fe superior y alegra las criaturas con una humildad que vive sólo por la gracia de Dios.

Todos los tres pasajes anteriormente citados muestran que fue la maravillosa gracia dada Paulo, y de la cual él sentía necesidad a cada momento, que lo humillaba tan profundamente. La gracia de Dios que estaba en él y lo capacitaba a laborar más abundantemente que todos los otros, la gracia para predicar a los idólatras las insondables riquezas de Cristo, la gracia que superaba abundante con la fe y el amor que están en Cristo Jesús: eso era esa gracia de la cual es la propia naturaleza y gloria ser para pecadores, la cual mantenía tan intensamente viva la conciencia de él haber pecado una vez y de ser sujeto a pecar. "Donde abundó el pecado, superabundo la gracia" (Rom 5.20).

Eso revela cuanto la propia esencia de la gracia es tratar con el pecado y alejarlo, y como ella debe siempre ser: mientras más abundante la experiencia de gracia, más intensa conciencia de ser un pecador. No es el pecado, pero es la gracia de Dios mostrando a un hombre y siempre acordándolo de que fue pecador que irá a mantenerlo verdaderamente humilde. No es el pecado, pero es la gracia que me hará, de hecho, conocerme como un pecador, e irá a hacer del lugar de la más profunda auto-humillación del pecador el lugar que nunca dejaré.

Temo que haya muchos que, por las fuertes expresiones de auto condenación y auto-acusación, tienen búsqueda de humillarse, y tienen que confesar, con congoja, que un espíritu humilde — un "corazón de humildad", que es acompañado de bondad y compasión, de mansedumbre y tolerancia - aún está tan lejos como siempre estuvo. Estar ocupado con el ego, aún en la más profunda auto-aversión, no puede nunca en los librar del ego. Y la revelación de Dios, no sólo por la ley condenando el pecado, pero por su gracia liberando de él, que nos hará humildes. La ley puede quebrar el corazón con temor, pero es sólo la gracia que trabaja aquella dulce humildad que se hace una alegría para el alma como su segunda naturaleza. Fue la revelación de Dios en Su santidad, aproximándose para hacer a Sí aún conocido en Su gracia, que hizo Abraham y Jacob, Isaías, que se curven tan bajo.

Es el alma en la cual Dios, el Creador, de todas las criaturas, Dios, el Redentor, en Su gracia, todo pecador en su pecaminosidad, espera y confía y adora, que irá a encontrar a sí mismo tan llenado con Su presencia, que no habrá lugar para el ego. Solamente, entonces, la promesa podrá ser cumplida: "La altivez del hombre será rebajada, y sólo el Señor será exaltado aquel día" (Is 2.11).

Eso es el pecador habitando en la plena luz del amor redentor y santo de Dios, en la experiencia de aquel habitar interior lleno del amor divino que viene a través de Cristo y de Espíritu Santo, que no puede ser nada la no ser humilde. No estar ocupado con el pecado, pero estar ocupado con Dios, nos trae liberación del ego.

Capítulo 9

HUMILDAD Y FE

"Como puedes creer, recibiendo honra unos de los otros, y no recogiendo la honra que viene sólo de Dios?"
(Juan 5.44).

En una predicación que oí recientemente, el exponente dijo que las bendiciones de la vida cristiana más elevada eran frecuentemente como los objetos expuestos en una vitrina de tienda: usted pudiera verlos claramente, pero no podría alcanzarlos. Sí le fuera dicho a un hombre que extienda la mano y coger, él respondería: "no puedo; hay un grueso vidrio entre mí y ellos."

Aún los cristianos pueden ver claramente las promesas de paz perfecta y reposo, de amor y alegría rebosantes, de permanente comunión y fructificación, y aún sentir que hay algo en medio obstruyendo la verdadera posesión. Y lo que sería eso? Nada a no ser el orgullo. Las promesas hechas a la fe son tan libres y correctas, las invitaciones y el maravilloso poder de Dios con que la fe puede contar está tan cerca y accesible que lo que impide que la bendición sea nuestra sólo puede ser algo que impide la fe.

En el texto bíblico mencionado, Jesús revela para nosotros que es, de hecho, el orgullo que hace la fe imposible. "Como podéis creer, vosotros los que aceptáis gloria unos de los otros?" Cuando viéramos como, en naturaleza, el orgullo y la fe son irreconciliables por su divergencia, aprenderemos que la fe y la humildad son uno en la raíz, y que nunca podemos tener más de verdadera fe que tenemos que verdadera humildad; debemos ver que podemos, en la verdad, tener una fuerte convicción intelectual y seguridad de la verdad mientras el orgullo es mantenido en el corazón, pero que eso hace de la fe viva, que tiene el poder de Dios, una imposibilidad.

Necesitamos solamente pensar por un momento en lo que es la fe. No es la confesión de la nada-ser y de abandono, no es la entrega y la espera para dejar Dios trabajar? No es en sí misma la cosa más humillante que puede haber: la aceptación de nuestra posición como dependientes, que no pueden clamar o conseguir o hacer nada la no ser lo que la gracia concede? La humildad es simplemente la disposición que prepara el alma para vivir en confianza. Y todo, incluso el más secreto soplo de orgullo, en la forma de búsqueda de sí aún, gana propia, confianza en sí mismo o auto-exaltación, es sólo el fortalecimiento del hecho de que el ego no puede entrar en el reino ni poseer las cosas del reino, pues se rechaza a permitir que Dios sea lo que Él es y tiene que ser allí: Todo en todos.

Fe es el órgano o sentido para la percepción del mundo celestial y de sus bendiciones. La fe recoge la gloria que viene de Dios, que viene sólo de donde Dios es todo. Mientras que aceptemos gloria unos de los otros, en cuanto que recojamos y que amemos siempre y que guardemos celosamente la gloria de esa vida - la honra y reputación que vienen de los hombres — no recogemos, y no podemos recibir, la gloria que viene de Dios. El orgullo hace con que la fe sea imposible. La salvación viene por medio de una cruz y de un Cristo crucificado. La salvación es la comunión, en el Espíritu de Su cruz, con Cristo crucificado. La salvación es la unión con la humildad de Jesús y el deleite en ella, salvación es la participación en la humildad de Jesús. Y admirable que nuestra fe sea tan débil cuando el orgullo aún reina tanto y aún no hayamos aprendido que la humildad es de más necesaria y bendecida parte de la salvación, ni oramos por eso?

La humildad y la fe están más íntimamente asociadas en las Escrituras que muchos saben. Vea eso en la vida de Cristo. Hay dos casos nos cuáles Él habló de una gran fe. El centurión, de cuya fe Él se maravilló diciendo: "En verdad os afirmo que ni aún en Israel hallé fe como esta", no le habló: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa"? Y la madre para quien Él dijo: "Oh, mujer, grande es tu fe!" no aceptó ser llamada de perro y dijo: "Sí, Señor, sin embargo los perrillos comen de las migajas"? Eso es la humildad que lleva una alma a ser nada delante de Dios, que también remueve todo impedimento a la fe, y hace con que el único temor sea deshonor por no confiar en Él íntegramente.

Hermano, no tenemos aquí la causa del fracaso en la búsqueda de la santidad? No es eso que hace nuestra consagración y nuestra fe tan superficiales y de vida tan corta? No teníamos idea de que orgullo y ego extensos aún estaban trabajando secretamente dentro de nosotros, y como solamente Dios, por Su entrada y Su maravilloso poder, podría expulsarlos. No entendíamos como nada, la no ser la nueva y divina naturaleza tomando enteramente el lugar del viejo ego, podría hacernos realmente humildes. No sabíamos que la humildad absoluta, incesante, universal tiene que ser la raíz-disposición de toda oración y todo acceso a Dios así como de todo tratamiento con el hombre, y que podemos ver sin ojos o vivir sin respirar tanto como creer o aproximarnos de Dios o habitar en Su amor, sin una humildad permanente y humildad de corazón.

Hermano, no cometemos un error al encontrar tantos problemas para creer, mientras todo el tiempo había el viejo ego en su orgullo recogiendo poseer para sí aún las bendiciones y riquezas de Dios? No admira que no pudiéramos creer! Vamos a cambiar los comportamientos. Vamos a recoger, antes de todo, humillarnos bajo la poderosa mano de Dios: Él nos exaltará. La cruz, la muerte y la tumba, en las cuáles Jesús se humilló, eran Su camino para la gloria de Dios. Y son nuestro camino también. Vamos a desear únicamente y orar fervorosamente por que seamos humillados con Él y como Él; vamos a aceptar alegremente lo que quiere que pueda en los humillar delante de Dios y de los hombres — ese es el único camino para la gloria de Dios.

Tal vez alguien se sienta inclinado a hacer una pregunta. Hablé de algunos que tuvieron experiencias bendecidas o que son los instrumentos para llevar bendición a los otros y, aun así, son carentes de humildad. Alguien puede preguntar se eso no prueba que ellos tienen fe verdadera, y hasta fuerte, a pesar de mostrar tan claramente que aún recogen mucho la honra que viene de los hombres. Hay más de una respuesta que puede ser dada. Pero la principal respuesta en nuestro presente contexto es esta: ellos, de hecho, tienen una medida de fe, en la proporción de la cual, con los dones especiales dados a ellos, es la bendición que ellos traen para otros. Pero a pesar de la bendición que traen, la eficacia de la fe de ellos es impedida a causa de la ausencia de humildad. La bendición es frecuentemente superficial o transitoria, sólo porque ellos no son la nada que abre el camino para Dios ser todo.

Una profunda humildad trae, a buen seguro, una más profundiza y llena bendición. Espíritu Santo, no sólo trabajando en ellos como un Espíritu de poder, pero habitando en ellos en la plenitud de Su gracia, especialmente la gracia de la humildad, irá, a través de ellos, transmitir a Sí aún a esos convertidos para una vida de poder y santidad y firmeza, lo que es muy poco visto actualmente.

"Como podéis vosotros creer, recibiendo gloria unos de los otros?" Hermano! Nada puede curar usted del antojo de recibir gloria de los hombres, o de la sensibilidad y dolor y rabia que vienen cuando ella no es dada, la no ser dar a sí aún para recoger solamente la gloria que viene de Dios. Deje que la gloria del Dios Todo-Glorioso sea todo para usted. Usted será liberado de la gloria de los hombres y del ego, y estará contento y alegre en ser nada. En esa nada, usted crecerá fuerte en la fe, dando gloria Dios, e irá a descubrir que mientras más profundamente en humildad delante de Dios, más Él está para satisfacer todo antojo de su fe.

Capítulo 10

HUMILDAD Y MUERTE AL EGO

"A Si mismo se humillo, haciendose obediente hasta la muerte" (Filipenses 2.8).

La humildad es el camino para la muerte, pues en la muerte ella da la mayor prueba de su perfección. La humildad es el florecimiento de lo cual la muerte al ego es el perfecto fruto. Jesús se humilló hasta la muerte, y abrió el camino en lo cual debemos andar también. Así como allá no había manera de Él probar Su entrega absoluta a Dios o de desistir y salir de la naturaleza humana para la gloria del Padre la no ser por la muerte, así también es con nosotros. La humildad tiene que en los llevar a morir para el ego; entonces, probamos cuan completamente desistimos de nosotros mismos para él y para Dios: solamente, entonces, somos liberados de la naturaleza caída y encontramos el camino que lleva hacia la vida en Dios, para el lleno nacimiento de la nueva naturaleza, de la cual la humildad es el aliento y la alegría.

Hemos hablado de lo que Jesús hizo por Sus discípulos cuando transmitió Su vida de resurrección para ellos, cuando, en la descendida de Espíritu Santo, Él, el glorificado y entronizado Manso, vino de los cielos para habitar en ellos. Él ganó el poder para hacer eso por medio de la muerte: la vida que Él dividió, en su carácter más intrínseco, fue una vida que salió de la muerte, una vida que fue entregue a la muerte y fue gana por la muerte. Él, que vino a habitar en los discípulos era, Él aún, Alguien que había sido muerto y ahora vivía para siempre. Su vida, Su persona, Su presencia cargan las marcas de muerte, de ser una vida nacida de la muerte. Aquella vida en Sus discípulos también carga siempre las marcas de la muerte; es como el Espíritu de la muerte, del Muerto, al habitar y trabajar en el alma, que el poder de Su vida puede ser conocido. La primera y principal de las marcas del morir del Señor Jesús, de las marcas de la muerte que indican el verdadero seguidor de Jesús, es la humildad, por estas dos razones: solamente la humildad lleva a la perfecta muerte y solamente la muerte es perfeccionada por la humildad. La humildad y la muerte son, en esencia, una sólo: la humildad es el embrión, y, en la muerte, el fruto es madurado hasta la perfección.

La Humildad lleva a la muerte perfecta

Humildad significa el desistir del ego y el tomar el lugar del perfecto nada-ser delante de Dios. Jesús se humilló y se hizo obediente hasta la muerte. En la muerte, Él dio la mayor y de más perfecta prueba de tener desistid de Su deseo en pro del deseo de Dios. En la muerte, Él desistió de Sí aún, del ego en beber del cáliz; Él desistió de la vida que tenía en unión con nuestra naturaleza humana; Él murió para el ego y para el pecado que Lo intentaba; entonces, como hombre, Él entró en la perfecta vida de Dios. Si no fuera por su infinita humildad, considerando a Sí aún como nada, la no ser como un siervo para hacer y sufrir la gana de Dios, Él nunca habría muerto.

Eso nos da la respuesta para la cuestión tan frecuentemente hecha, y de la cual el significado es muy raramente incautado de forma clara: "Como puedo morir para el ego?" La muerte para el ego no es nuestra obra, es obra de Dios. En Cristo usted está muerto para el pecado; la vida que estaba en usted se fue por el proceso de muerte y resurrección; usted puede estar correcto de que está, de hecho, muerto para el pecado.

Pero la llena manifestación del poder de esa muerte en su disposición y conducta depende de la medida que Espíritu Santo reparto del poder de la muerte de Cristo. Y es aquí que la enseñanza es necesaria: si usted entrara en llena comunión con Cristo en Su muerte y conociera la llena liberación del ego, humillaría a sí aún. Esa es su única obligación. Pego-que-si delante de Dios en completo abandono; consienta de corazón con el hecho de su impotencia para matar a usted mismo y de hacer usted aún vivir; bucee en su propio nada ser, en el espíritu de mansedumbre y paciencia y confiable entrega Dios. Acepte cada humillación, mire hacia cada hombre que intenta o irrita usted como un medio de gracia para humillar usted.

Use toda oportunidad de humillarse delante de los hombres como una ayuda para permanecer delante de Dios. Dios aceptará tal humillación como la prueba de que usted desea eso de todo corazón, como la mejor oración por eso, como su preparación para el poderoso trabajo de la gracia De él, cuando, por la poderosa fuerza de Su Santo Espíritu, Él revela Cristo llenamente en usted, para, entonces, Él, en Su forma de un siervo, ser verdaderamente formado en usted y habitar en su corazón. Ese es el camino de humildad que lleva a la perfecta muerte, a la llena y perfecta experiencia de que estamos muertos en Cristo. Oh, tomemos cuidado con el error que muchos cometen: a ellos les gustaría ser humildes, pero están temerosos de ser muy humildes.

Ellos tienen tantas cualificaciones y limitaciones, tantos razonamientos y cuestionamientos de lo que la verdadera humildad es y hace, que nunca se someten sinceramente a ella. Cuida con eso! Humíllese hasta la muerte. Es en la muerte al ego que la humildad de Cristo es perfeccionada. Es absolutamente correcto de que en la raíz de toda

experiencia real de más gracia, de todo verdadero progreso en la consagración, de toda conformación realmente creciente a la semejanza de Jesús, tiene que haber una mortificación para el ego la cual prueba, Dios y a los hombres, que es genuina, en nuestra disposición y hábitos. Es lamentablemente posible hablar de muerte vida y del piso en el Espíritu mientras hasta el más ingenuo no puede hacer nada la no ser ver lo cuánto hay de ego.

La muerte al ego no tiene marca más correcta de muerte que una humildad que hace de sí mismo alguien sin reputación, que se vacía y toma la forma de siervo. Es posible hablar mucho y honestamente de comunión con un Jesús despreciado y rechazado y de cargar Su cruz, mientras la mansa y humilde, la tierna y gentil humildad del Cordero de Dios no son vistas, son muy raramente vistas. El Cordero de Dios significa dos cosas: mansedumbre y muerte. Vamos a recoger recibirlo en ambas formas. En él, esas marcas son inseparables: ellas tienen que estar en nosotros también.

Que tarea sin esperanza si nosotros tuviéramos que hacer el trabajo! Naturaleza nunca puede vencer naturaleza, ni aún con la ayuda de la gracia. Ego nunca puede expulsar ego, ni aún en el hombre regenerado. Loado sea Dios! El trabajo fue hecho, concluido y perfeccionado para siempre! La muerte de Jesús, de un golpe por todas, es nuestra muerte para el ego. Y el ascenso de Jesús, Su entrada de un golpe por todas en el Santo de los Santos, nos dio Espíritu Santo para en los transmitir en poder y hacer nuestro el poder de la muerte-vida. Como el alma, en la búsqueda y práctica de la humildad, sigue los pasos de Jesús, su conciencia de la necesidad de algo más es despertada, su antojo y esperanza es apresurado, su fe es fortalecida, y ella aprende a mirar para el alto y clamar y recibir aquella verdadera plenitud del Espíritu de Jesús que puede, diariamente, mantener la muerte al ego y pecado bajo su lleno poder, y hacer de la humildad el espíritu todo de nuestra vida.

"Posiblemente, ignoráis que todos nosotros que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte} (...) Consideraos muertos para el pecado, pero vivos para Dios, en Cristo Jesús. (...) Ofreceos Dios, como res de entre los muertos" (Rom 6.3,11,13). A completa autoconciencia del cristiano es ser saturado y caracterizado por el espíritu que avivó la muerte de Cristo. Él tiene siempre de ofrecerse Dios como alguien que murió en Cristo y en Cristo está vivo venido de la muerte, llevando en su cuerpo el morir del Señor Jesús. Su vida siempre lleva las dos marcas entrelazadas: sus raíces alcanzando, en la verdadera humildad profundiza dentro de la sepultura de Jesús, la muerte al pecado y al ego, y su cabeza elevada, en poder de resurrección, a los cielos donde Jesús está.

Creyente, clame en fe la muerte y la vida de Jesús como sudas. Entre en la sepultura de Cristo en el descanso del ego y de la obra del ego — lo descanso de Dios. Con Cristo, que confió Su espíritu en las manos del Padre, humílese y descienda cada día hasta la perfecta y sin esperanza dependencia de Dios. Dios irá a resucitarlo y exaltarlo. Bucee cada mañana en profundo, profundizo nada-ser dentro de la sepultura de Jesús; cada día la vida de Jesús será manifestada en usted. Permita que una dispuesta, amable, tranquila, alegre humildad sea la marca que usted tenga, de hecho, reivindicado como su derecho de nacimiento: el bautismo para dentro de la muerte de Cristo.

"Con una única oferta, perfeccionó para siempre cuantos a los santificados" (Heb 10.14). Las almas que entran en Su humillación hallarán En él el poder para ver y considerar el ego muerto, y, como aquellos que aprendieron y recibieron De él, para piso con toda humildad y mansedumbre, soportando unos a los otros en amor. La muerte-vida es vista en una mansedumbre y humildad como la de Cristo.

Capítulo 11

HUMILDAD Y ALEGRÍA

"De buena gana, pues, más me gloriare en las flaquezas, para que sobre mí repose el poder de Cristo. Por lo que siento placer en las flaquezas (...) Porque cuando soy débil, entonces, es que soy fuerte" (2 Corintios 12.9,10).

Con recelo de que Paulo pudiera exaltarse a sí aún, a causa de la excesiva grandiosidad de las revelaciones, una espina en la carne fue enviado para mantenerlo humilde. El primer antojo de Pablo fue que la espina fuera removida, y suplicó al Señor por tres veces que la espina lo dejara. La respuesta que vino fue que el sufrimiento o era una bendición: que, en la mansedumbre y humillación que él había traído, la gracia y la fuerza del Señor podrían tener su mejor manifestación. Paulo, entonces, entró en una nueva práctica en su relación con el sufrimiento: en vez de simplemente tolerarlo, de buena gana gloriaba-si en él; en vez de pedir por la liberación, tendría placer en él. Pablo había aprendido que el lugar de humillación es el lugar de bendición, de poder, de alegría.

Todo cristiano posiblemente pasa por esas dos prácticas en su búsqueda de humildad. Primero, él teme y huye y búsqueda liberación de todo lo que pueda humillarlo. Él aún no aprendió a recoger humildad a cualquier coste. Él aceptó la orden para ser humilde, y recoge obedecer, aunque solamente para descubrir cuan completamente fallo. Él ora por humildad, a las veces muy seriamente; pero en su corazón, en secreto, él ora más — si no en palabras, en antojo — para ser librado de las cosas que irán a hacerlo humilde. Él no está tan apasionado por la humildad como la belleza del Cordero de Dios y la alegría de los cielos, a punto de vender todo para obtenerla. En su búsqueda por la humildad, y en su oración por eso, aún hay algo de un sentimiento de fardo y de cautiverio; humillarse aún no se hizo la expresión espontánea de una vida y naturaleza que son esencialmente humildes. Aún no se hizo su alegría y único placer. Él no puede decir: "De buena gana me gloriare en la flaqueza, tengo placer en lo que quiere que me humille".

Pero podemos esperar alcanzar la práctica en lo cuál eso ocurrirá? A buen seguro alguna. Y lo que nos llevará hasta allá? Lo que llevó Paulo: una nueva revelación del Señor Jesús. Nada la no ser la presencia de Dios puede revelar y proscibir el ego. Una percepción interior clara estaba para ser dada Paulo en relación a la profunda verdad de que la presencia de Jesús irá a expulsar todo antojo de recoger cualquier cosa en nosotros mismos, y nos hará deleitar en toda humillación que nos prepara para Su llena manifestación. Nuestras humillaciones nos llevan, en la experiencia de la presencia y poder de Jesús, a escoger la humildad como nuestra mayor bendición. Vamos a intentar aprender las lecciones que la historia de Paulo nos enseña.

Podemos tener creyentes espiritualmente avanzados, maestros eminentes, hombres de experiencias celestiales, que aún no aprendieron la lección de la perfecta humildad, alegremente se gloriando en la flaqueza. Vemos eso en Paulo. El peligro de exaltarse estaba muy cerca. Él aún no sabía perfectamente lo que era ser nada, morir, para que Cristo pudiera vivir en él, y a tener placer en todo lo que lo trajera hacia bajo. Es como se esto fuera la mayor lección que él tenía que aprender: llena conformidad a su Señor en aquel auto-vacío en que él se gloriaba en la flaqueza a fin de que Dios pudiera ser todo.

De más alta lección que un creyente tiene que aprender es la humildad. Oh, que todo cristiano que recoge avanzar en la santidad se acuerde bien de eso! Puede ver intensa consagración, celo fervoroso y experiencia celestial, y, aun así, si tales experiencias que no fueran impedidas por procedimientos especiales de lo Señor, puede haber una inconsciente auto-exaltación con eso todo. Vamos a aprender la lección: de más alta santidad es de más profunda humildad; y vamos a acordar que ella no viene de sí misma, pero solamente cuando es hecha un asunto de tratamiento especial de la parte de nuestro fiel Señor y Su siervo fiel.

Vamos a mirar para nuestra vida a la luz de esa experiencia, y ver si de buena gana en los gloriamos en la debilidad, si tenemos placer, como Paulo tenía, en injurias, en necesidades, en aflicciones. Sí, vamos preguntar se hemos aprendido a considerar una reprobación, justa o injusta, una reprensión de un amigo o enemigo, una injuria o problema, o dificultad que otros nos traen, como, por encima de todo, una oportunidad de probar como Jesús es todo para nosotros, como nuestro propio placer y honra son nada y como la humillación es, en verdad, en lo que tenemos placer. Ser, de hecho, bendecido, la profunda alegría de los cielos, es estar tan libre del ego que lo que sea dicho de nosotros o hecho a nosotros es perdido y tragado en el pensamiento de que Jesús es todo. Vamos a confiar En él, que se encargó de Pablo, para que se encargue de nosotros también. Paulo precisaba de especial disciplina y, con eso, de especial instrucción, para aprender lo que era más precioso hasta que las cosas inexplicables que él tenía oído en los cielos, que es gloriar-si en flaqueza y humildad.

Necesitamos de eso, también, oh, mucho! Él que cuidó de Paulo cuidará de nosotros también. Él cela por nosotros con un cuidado celoso y amoroso, "a fin de que no nos exaltemos". Cuando hacemos eso, Él recoge desvelar el mal para nosotros y en los liberar de él. En sufrimiento y flaqueza y problemas, Él recoge en los traer hacia bajo, hasta que aprendamos que Su gracia es todo, así como para tener placer en las propias cosas que nos traen hacia bajo y nos mantienen en bajo. Su poder se perfecciona en nuestra flaqueza y Su presencia, llenando y satisfaciendo nuestro vacío, se hace el secreto de una humildad que no debe fallar nunca, que puede, como Paulo hizo, en llena visión de lo que Dios trabaja en nosotros y por nuestro intermedio, siempre decir: "En nada fui inferior a esos tales apóstoles, aunque nada soy" (2 Co 12.11). Sus humillaciones lo llevaron a la verdadera humildad, con el maravilloso deleite y gloria y placer en todo lo que humilla.

"De buena gana, pues, más me gloriare en las debilidades, para que sobre mí repose el poder de Cristo. Por lo que siento poder en las flaquezas." El hombre humilde aprendió el secreto de la alegría permanente. Mientras más débil se siente, cuanto mayores parecen sus humillaciones, más el poder y la presencia de Cristo son su porción — hasta, a él, que nada es, la palabra de su Señor traerá continuamente profundiza alegría: "Mi gracia te basta". Siento como se tuviera, una vez más, de reunir todo en las dos lecciones: el peligro del orgullo es mayor y está más próximo a lo que pensamos, y la gracia para humildad también.

El peligro del orgullo es mayor y está más cerca que pensamos, y eso especialmente en el tiempo de nuestras más elevadas experiencias. El predicador de verdades espirituales con una admirable congregación oyéndolo atentamente, el orador dotado en una plataforma de santidad exponiendo los secretos de la vida celestial, el cristiano dando testimonio de una experiencia, el evangelista andando como en triunfo, y trayendo una bendición para alegrar las multitudes — ningún hombre conoce e oculto, el inconsciente peligro a lo cual estos están expuestos. Pablo estaba en peligro sin conocer eso; lo que Jesús hizo por él fue escrito para nuestra amonestación, para que conozcamos el peligro para nosotros y conozcamos nuestra única salvación.

Si ya fue dicho de un maestro o un profesor de santidad: "Él es tan lleno del ego", o: "Él no practica lo que predica", o: "Su bendición no hizo de él alguien más humilde o bondadoso", que eso ya no sea dicho. Jesús, en quien confiamos, puede hacernos humildes.

Sí, también la gracia para la humildad es mayor y está más cerca que pensamos. La humildad de Jesús es en los salvados: el propio Jesús es nuestra humildad. Es Su cuidado y Su obra. Su gracia es suficiente para nosotros, para oponerse a la tentación del orgullo también. Su poder será perfeccionado en nuestra flaqueza. Vamos a escoger ser débiles, ser humildes, ser nada. Permitamos que la humildad sea nuestra alegría y deleite. Vamos, de buena gana, en los gloriar y tener placer en flaquezas, en todo lo que pueda en los humillar y en los mantener quebrantados — el poder de Cristo descansará sobre nosotros. Cristo se humilló y, por eso, Dios Lo exaltó. Cristo nos humillará y nos mantendrá humildes; vamos a consentir de corazón, vamos aceptar confiadamente y alegremente todo lo que humille — el poder de Cristo descansará sobre nosotros. Vamos a descubrir que de más profundiza humildad es el secreto de la más confiable alegría, de una alegría que nada puede destruir.

'Es una fe defectuosa aquella que obstruye los pies y causa muchas caídas.' Creo que esta última frase está bien de acuerdo con lo que yo pienso. Quiero vivir para dejar mi amado Salvador operar en mí su poder, mi santificación por su gracia. 'Habitar En él', no luchar y debatirme, eruir a Él los ojos; confiar En él para tener poder en el presente (...) descansar en el amor del Salvador omnipotente, en lo gozo de una salvación completa 'de todo pecado' - esto no es nuevo, pero es nuevo para mí. Siento como si el raír de un glorioso día viniera sobre mí. Lo saludo con temblor, aunque con confianza. Parezco haber llegado hasta el margen so-mente; sin embargo, es la ribera de un mar sin límites; sólo probé una gota, pero de algo que satisface completamente. Cristo es literalmente todo para mí, ahora, el poder, el único poder para el servicio, el único fundamento para la alegría inalterable.

Entonces, como hacer para que la fe crezca? Es sólo pensar en todo lo que Jesús es y en todo lo que Él es para nosotros: Su vida, Su muerte, Su obra, Su persona revelada a nosotros en la Palabra — que sea el asunto constante de nuestra meditación. No una lucha para conseguir la fe, y sí, la contemplación De aquel que es fiel — parece ser esta la única cosa que nos es necesaria: descansar enteramente en el Bien-Amado, en el tiempo y en la eternidad.

(Hudson Taylor)

Capítulo 12

HUMILDAD Y EXALTACION

"el que se humilla será exaltado" (Lucas 18.14).

"Dios dá gracia a los humildes. (...) Humílate en la presencia del señor y él os exaltará" (santiago 4.6,10).

"Humillaos, por lo tanto, bajo la poderosa mano de Dios, para que él, en tiempo oportuno, os exalte" (1 Pedro 5.6).

Ayer me preguntaron: "Como puedo vencer ese orgullo?" La respuesta es simple. Dos cosas son necesarias: haga lo que Dios dice que es su trabajo: humillarse a sí aún, y confíe en él para hacer lo que Él dice que es trabajo De él: Él lo exaltará.

La orden es clara: humílese a sí aún. Eso no significa que es su trabajo vencer y expulsar el orgullo de su naturaleza y formar dentro de usted la mansedumbre del santo Jesús. No, esa es la obra de Dios, la propia esencia de la exaltación, en la cual Él lo eleva para dentro de la real semejanza del Hijo amado. Lo que la orden significa es esto: tome cada oportunidad de humillarse delante de Dios y del hombre. En la confianza en la gracia que ya está trabajando en usted, en la seguridad de que más gracia para victoria está venido y de que la luz de la conciencia brilla sobre el orgullo del corazón y sus obras; a pesar de todo lo que pueda haber de fracaso y fallo, permanezca persistentemente bajo la orden inmutable: humílese a sí aún.

Endoso con alegría todo lo que Dios permite, interior o exteriormente, de amigo o enemigo, en naturaleza o en gracia, para acordarlo de su necesidad de humillarse y para ayudarlo a eso. Considere la humildad cómo siendo, de hecho, la virtud-madre, su primera obligación delante de Dios, la única salvaguarda perpetua del alma, y fije su corazón en eso como el origen de toda bendición. La promesa es divina y coge: aquel que humillarse será exaltado. Cuide para hacer la única cosa que Dios pide: humílese a sí aún. Dios cuidará de hacer la única cosa que Él prometió: Él dará más gracia y Él lo exaltará en el debido tiempo.

Todos los tratamientos de Dios con el hombre son caracterizados por dos prácticas. Hay el tiempo de preparación, cuando orden y promesa — con la experiencia mezclada de esfuerzo e impotencia, de fracaso y éxito parcial, con la santa expectativa de algo mejor que eso se despertará — entrenarán y disciplinarán los hombres para una práctica más elevada. Después, viene el tiempo de cumplimiento, cuando la fe hereda la promesa, y se deleita por tener, tantas veces, si esforzado vanamente. Esa ley vale en cada aspecto de la vida cristiana y en la búsqueda de cada virtud en separado, porque ella está plantada en la propia naturaleza de las cosas. En todo lo que concierne nuestra redención, Dios tiene que necesariamente tomar la iniciativa. Cuando eso estuviera hecho, la vuelta del hombre Dios acontece.

En el esfuerzo de obtener la obediencia, una persona tiene que aprender a conocer su impotencia — a punto de desesperarse para morir para él mismo — y ser ajustado voluntaria e inteligentemente para recibir de Dios el fin, a completar aquello que él acepto en el inicio de la vida cristiana en ignorancia. Entonces, Dios — que fue el Inicio, antes que el hombre Lo conociera razonablemente o llenamente entendiera lo que era Su propósito — es ansiado y bienvenido como el Fin, como lo Todo en todos.

Y tanto como es así en relación a la salvación, también es en la búsqueda de la humildad. La orden viene del trono, del propio Dios, para cada cristiano: humílese a sí aún. El cristiano serio que atenta para oír y obedecer será recompensado — sí, recompensado — con el descubrimiento doloroso de dos cosas. La primera: cuan profundo orgullo - que es la mala gana de considerarse y ser considerado como nada para meterse con Dios - había, lo cual no era conocido de nadie. La segunda será percibir que completa impotencia hay en todos nuestros esfuerzos (y en todas nuestras oraciones, también, por la "ayuda de Dios") para destruir el horrible monstruo. Bienaventurado el hombre que ahora aprende a poner su esperanza en Dios y perseverar, a pesar de todo el poder del orgullo dentro de él, en actos de humillación delante de Dios y de los hombres. Conocemos la ley de la naturaleza humana: actos producen hábitos, hábitos generan disposiciones, disposiciones forman la gana, y la gana debidamente formada es carácter.

No es diferente en la obra de la gracia. Mientras tenemos actos de humillación, los cuales, persistentemente repetidos, se hacen hábitos y disposiciones, y esas fortalecen el antojo, Dios, que efectúa en nosotros tanto el querer como el realizar (Fp 2.13), viene con Su maravilloso poder y Espíritu, y, así, la humillación del corazón orgulloso — con la cual el santo penitente se lanzó a sí aún frecuentemente delante de Dios — es recompensada con "más gracia" del corazón humilde, en lo cual el Espíritu de Jesús venció y llevó la nueva naturaleza r madurez, y donde Él, el manso y humilde, ahora habita para siempre.

Humíllense en la visión del Señor, y Él irá a exaltarlos. Y en lo que consiste la exaltación? eleva a la criatura es ser solamente un florero, para recibir y disfrutar y mostrar públicamente la gloria de Dios. Ella puede hacer eso solamente cuando está deseando nada ser en sí aún para que Dios sea todo. El agua siempre llena primero los lugares más bajos. Mientras más bajo, mientras más vacío el hombre se queda delante de Dios, más rápido y más plenamente será el engrandecimiento interior con la gloria divina. La exaltación que Dios promete no es, no puede ser, cualquier cosa externa a la parte De él aún; todo lo que Él tiene para dar o puede dar es solamente más De él aún para tomar posesión de nosotros más completamente.

La exaltación no es, como un premio terrenal, algo arbitrario, sin la necesaria conexión con la conducta a ser recompensada. No! Pero es, en su propia naturaleza, el efecto y el resultado de humillarnos a nosotros mismos. No es nada la no ser el don de tal humildad divina que habita interiormente, tal conformidad y posesión de la humildad del Cordero de Dios, que nos prepara para recibir llenamente el habitar interior de Dios.

Aquel que a sí aún humillarse será exaltado. El propio Jesús es la prueba de la verdad de esas palabras, y de la certeza de su cumplimiento para nosotros, Él es la garantía. Vamos a tomar sobre nosotros Su yugo y aprender De él, pues Él es manso y humilde de corazón. Si no quisiéramos en los curvar a Él, como Él se curvó a nosotros, Él aún irá curvarse cada uno de nosotros nuevamente, y nos hallaremos en yugo no desigual con Él. Como entramos profundamente en la comunión de Su humillación, y también nos humillamos o cargamos la humillación de los hombres, podemos contar que el Espíritu de Su exaltación, "el Espíritu de Dios y de gloria", reposará sobre nosotros. La presencia y el poder del Cristo glorificado vendrán para aquellos que son humildes de espíritu. Cuando Dios puede nuevamente tener Su debido lugar en nosotros, Él irá en los exaltar.

Por eso, haga de la gloria de Dios su cuidado en humillarse a sí aún. Él hará su gloria Suyo cuida de en perfeccionar su humildad y soplarla para dentro de usted, como su vida habitante, el propio Espíritu de Su Hijo. Como la vida permeante de Dios domina a usted, no habrá nada tan espontáneo y nada tan dulce como ser nada, con ninguno pensamiento o antojo del ego, pues todo es ocupado con Aquel que a todo llena. "De buena gana me gloriare en mi flaqueza, para que el poder de Cristo repose sobre mí."

Hermanos, no tenemos aquí la razón pela cual nuestra consagración y nuestra fe son tan poco útiles en la búsqueda por la santidad? Fue por el ego y su fuerza que la obra fue hecha bajo el nombre de fe; fue para el ego y su alegría que Dios fue llamado; era, inconscientemente, pero aún verdaderamente, en el ego y en su santidad que el alma se regocijo. Antes, no teníamos idea de que la humildad — absoluta, habitante, humildad y auto-destrucción semejantes a las de Cristo, permeando y marcando toda nuestra vida con Dios y el hombre — era el más esencial elemento de la vitalidad de la santidad que recogemos ver.

Es sólo bajo el dominio de Dios que pierdo mi ego. Así también la humildad es tomar nuestro lugar en la presencia de Dios para ser una partícula de polvo habitando en la luz del sol de Su amor. "Cuan grande es Dios! cuan pequeño soy! Perdido, tragado en la inmensidad del Amor! Hay solamente Dios, no yo!".

Que Dios nos enseñe a creer que ser humilde, ser nada en Su presencia, es el más elevado hecho y la bendición más llena de la vida cristiana. Él nos habla: "Habitó en el lugar santo y elevado, y con aquel que es de espíritu contrito y humilde". Que esa sea nuestra porción! "Oh, ser el más vacío, el más bajo, humillado, no notado y desconocido, y para Dios el más santo florero, lleno con Cristo, y solamente Cristo!"